

37

REAL

7)

84-3

EL ULTIMO DE LOS MAILLEPRE

O

LOS AMORES DE PARIS.



12417618

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Salas: C

Estantería: 001

VALORES: 092(37)

84-3

EL ULTIMO DE LOS MAILLEPRE

O

LOS AMORES DE PARIS.



EL CLIMO DEL TORNADO

O

FOR AMONGS DE LA

**EL ULTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,  
Ó  
LOS AMORES DE PARIS.**

*Novela escrita en frances*

POR

**PAUL FEVAL,**

*traducida al castellano.*

---

TOMO VI.

---

GRANADA: 1858.

*Imprenta de EL DAURO. Director  
y Editor D. Manuel Garrido, Carre-  
ra de Genil, núm. 11*

EL ÚLTIMO DE LOS MAILLÉRES,

LOS AMORES DE PARÍS.

Novela sacada de francés

por

PABLO TEVADA,

traducida al castellano.

— TOMO VI —

GRANADA: 1858.

Imprenta de EL DABO, Director

y Editor D. Manuel Garrido, Calle

de la Cruz, núm. 11



**EL ULTIMO DE LOS MAILLEPRE.**



**TERCERA PARTE.**



**LAS HIJAS DE MAILLEPRE**



**I.**

**Virgen y Madre.**

**E**n el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo.

Este es mi testamento...

Tal era la inscripcion colocada á la cabeza

del cuaderno que Berta tenia oculto en su cofrecito; al lado del bucle rubio, reliquia adorada, dolorosa, pero consoladora al mismo tiempo, que hacia brotar lagrimas á sus ojos secos, y que la hablaba de su hijo.

Berta desenrolló lentamente aquel manuscrito.

—Gaston hubiera podido guardármelo hasta el matrimonio de Santa, murmuró la triste jóven; porque Santa se casará... Ella llegará á ser feliz algun dia.. Asi derrame Dios sobre ella todas las felicidades que ha rebusado á los hijos de Maillepré... Despues de su casamiento, Santa hubiera podido derramar al recordar mi desventura esas dulces lágrimas que humedecen los ojos de los que son felices.. Ella hubiera recojido mi herencia, adoptando la pobre tumba en donde Edmundo descansa adormecido...

Detúvose al murmurar aquel nombre querido. Para pronunciarle, siempre encontraban sus labios dulces sonidos, ecos misteriosos y suaves que parecian caricias.

—Pero Gaston no existe ya, repuso ella, Gaston... uno mas á quien voy á volver á ver muy pronto... Oh! yo que dejaba embotar mi

corazon en la vida, cuantos tendré á quien amar tiernamente cuando muera!... mi padre mi madre... Gaston... Pero ellos no conocen á mi hijo... ¿Querrán amarle, por ventura? querrán amarle, Dios mio?

Berta dejó caer sus ojos hasta el fondo del cofrecito, en donde estaba el bucle rubio de su hijo.

—Ah! si.... pensó ella, yo les diré que les sonria muy dulcemente, que les tienda sus bracitos de rosa... y ellos le amarán... Y por qué; Dios mio, por qué habian de alejarle de si?... En el cielo, todos saben leer en el fondo de los corazones... Solo en este mundo se hubiera podido creerme culpable...

Interrumpióse de nuevo, y quedóse un momento suspensa, como si se hallara sumergida en un profundo desvario. Despues continuo:

—El era el último!... El nombre de Maillepré ha muerto para siempre!.... Dios habia dotado de valor y fuerza el brazo de nuestros padres... pero solo ha legado á sus hijos debilidad y miseria... Era fuerza que esa raza de caballeros se extinguiese tarde ó temprano.... Que hacia aqui abajo Maillepré despojado de su gloria?...

Continuaba siempre Berta con la cabeza inclinada sobre el pecho; pero habia cierta expresion de orgullo en la nube sombría de su frente, cierta expresion de arrogancia en la amarga sonrisa que entreabria sus labios. Un vivo resplandor brillaba á través de sus párpados caídos.

Berta mecíó lentamente la cabeza.

—Pobre niño!... murmuró con acento profundo de compasion; y yo me acuerdo ahora.. ahora que es preciso olvidarse de todo... Ya no nos pertenece el nombre glorioso de nuestros mayores... y Gaston, el jefe de la familia, solo tendrá por tumba un poco de tierra con una cruz de madera, en donde no estará la corona ducal sobre el escudo que cuenta siglos de gloria... Ah!... mucho nos debe Dios en la otra vida!...

Estas palabras, que en otra boca hubieran sido una atrevida blasfemia, brotaron de los labios de Berta con una expresion de convencimiento sencillo. Habia llorado tanto la infeliz!...

—Pero necesita flores... continuó despues de una pausa: si, mi Edmundo necesita flores: Carlota... yo no la conozco ya!... Ella no nos

amaba... Santa.... Oh! como amaria Santa á mi Edmundo!... Pero la relacion de mis desgracias llenaria de espanto su alma virginal... Yo no puedo, no.... no puedo...!.... Pobre tumba .. pobre tumba... ya no irá nadie á visitarte jamás!... Pobre crucecita... ya nadie suspenderá de ti coronas de flores!... La yerba crecerá alrededor... y llegará un día en que nada se distinga allí...

Berta se estremeció.

—Nada! repitió; nada!... despues de tanto amor!... despues de tantas lágrimas!.. de tanta felicidad . . . . .

Berta estaba esteruada de fatiga. Aquella velada habia acabado de agotar todas sus fuerzas. Sin embargo no pensaba siquiera en reposar sobre el pobre catre preparado para ella junto á la cama de la vieja Duquesa.

Berta se sentia morir. Su vida se extinguia lentamente; y hacia ya mucho tiempo que ella abrigaba el convencimiento intimo de que su existencia caminaba á su fin, y contaba con frialdad é indiferencia cada paso que daba hácia la tumba. Era una pobre flor á quien habia faltado el rocío del cielo. Una flor que se

doblegaba marchita antes de tiempo. Y á la manera que el lirio tronchado exhala todavia al soplo de las brisas de la noche sus últimos perfumes, así en medio de la soledad exhalaba Berta dulces querellas y un grito sofocado de amor, que era la última emanacion de su alma resignada.

No queria Berta reposar aquella noche, por que aquellas páginas escritas en sus horas de insomnio iban á quedar junto á ella. Aquellas páginas eran su existencia, su secreto. Su secreto, que nadie habia llegado á penetrar. Berta queria consagrarle todavia algunas lágrimas, en cambio de algunas flores, que ya no le era dado derramar sobre aquella pequeña tumba, en donde la hemos visto arrodillarse y orar.

Comenzó á hojear el manuscrito. Aquella era la última lectura: Queria ver si no habia nada que quitar, nada que añadir.

En el principio de aquellas páginas se echaban de ver muchas palabras borradas por las lagrimas pero a medida que se iba mas adelante, parecia que la pluma habia caminado con mas seguridad.

Decia así:

«La crucecita es negra. En ella hay escrito un nombre: Edmundo.

«Debajo de este nombre no he puesto: Rogad por él, porque por los ángeles no se ruega....

«Allí, bajo la yerba yace mi hijo... el hijo de Berta.

«Yo escribo esto para aquellos que me han amado, para Gaston, mi hermano, el jefe de nuestra casa, que tiene el derecho de juzgarme; para Santa, mi hermana, por quien rezo cada día, siempre que Dios me permite rezar.

«Gaston y Santa me amaban en otro tiempo. Ahora me tienen olvidada. No me quejo.

«Su reciproca ternura me ha hecho derramar lágrimas algunas veces, porque por mas oprimida que esté un alma, hay momentos en que necesita amar alguna cosa, alguna cosa mas que un recuerdo...

«Pero Dios me habia destinado á ser enterada en vida. Yo bendigo el nombre de Dios.

«Escribo para que aquellos que me han amado depositen á una madre en la tumba de su hijo.

«La muerte infunde piedad y compasion, yo no sé por qué. Gaston y Santa pensarán

en mi cuando haya dejado de existir. Si derraman lágrimas, que sea al pié de la tumba de la crucecita negra en que yo he escrito el nombre de mi Edmundo.

«En tanto que Santa sea una niña, mi hermano Gaston no la dirá nada acerca de mi historia. La llevará solamente una vez á la tumba de la crucecita negra, y Santa derramará sobre ellas algunas flores.

«Yo soy una pobre muger y he sufrido mucho. Hermana mia, hermana mia, haced esto por mí! . . . . .

«Vivíamos en la calle de Vaugirad. Nuestra buena madre yacia en su lecho de donde no debia volver á levantarse mas. Biot temblaba presa de la fiebre en su miserable cama. Gaston se hallaba bajo el influjo de esa cruel enfermedad que debia aumentar el número de nuestras desventuras.

«Carlota y Santa no habian aprendido todavía á trabajar.

«Yo estaba ya encargada del cuidado de madama la Duquesa, nuestra venerable abuela...

«Un dia, el pan faltó completamente.

«Gaston tenía hambre. Madama nuestra abuela daba sin cesar sus órdenes para que se sirviese la comida.

«Santa y Carlota lloraban.

«Ellas deben acordarse bien de aquel día..

«Entonces no teníamos como ahora la posibilidad de rodear á madama la Duquesa de esa apariencia de lujo y bien estar con que engañamos su vejez; ella sin embargo no veía nuestra horrible miseria tan de cerca como en otra ocasión en la única pieza en donde estábamos todos apiñados en la casa de M. Polipo, en el *Palais Royal*. Su estado continuo de insensibilidad, y lo vago de sus ideas contribuían por otra parte á engañarla y deslumbrarla. Ella no sospechaba siquiera nuestra amarga situación...

«Yo me adelanté hácia madama la Duquesa. Mi corazón se partía de dolor porque yo creía darla un golpe cruel.

«Yo la dije: Madama, abuela mia, vuestros hijos no tienen pan que comer.

«Estaba ella sentada en su alto sillón de paja. Yo la vi entonces inclinar hacia mí su mirada turbia y fría que descendió hasta fijarse como un peso de plomo sobre mis ojos, que



bajaron al suelo.

—«Eh! qué puedo hacer yo, hija mia? me preguntó secamente.

—«Yo la respondí balbuceando: Madama, abuela mia, yo sé bien que á nosotros nos toca serviros; que vos no debeis hacer nada, pero...

—«Acabemos, señorita de Maillepré, me interrumpió con su acento breve é imperioso.

«Yo no me atrevia ya.

«Pero Gaston desde la pieza inmediata llamaba á Santa y la decia: Tengo hambre!

«Y Santa, la pobre niña sollozaba...

«Yo escuché todo esto.

«Madama la Duquesa tenia sobre un velador, colocado junto á ella, su caja de oro esmaltado, dentro de la cual está ese retrato cuyo original no hemos conocido ninguno de nosotros; era lo único que quedaba ya del patrimonio de Maillepré.

«Yo la miraba con codiciosos ojos, porque podia salvar á nuestra madre y á Gaston; porque podia dar á Juan Maria Biot, nuestro único protector, nuestro único recurso, el tiempo necesario para restablecerse. Aquella caja era nuestra salvacion.

«Recobré valor y continué:

—«Abuela mia, esa caja, que para nada os sirve, podría darnos á todos la vida.

«La mano de madama la Duquesa, con un movimiento repentino, se cerró sobre la caja de oro, que desapareció bajo los pliegues de su vestido de seda.

«Nuestra abuela me miró con un aire de desconfianza y de furor.

—«En eso estamos ahora, hija mia! dijo ella meneando su blanca cabeza; no teneis tiempo de aguardar á que yo muera para repartiros las joyas de Maillepré? Que venda madama mi nuera, si la parece bien, el castillo de Avalon en Borgoña, ó la casa de Kergaz en Bretaña, señorita... que enagene, si quiere, el palacio de monseñor mi suegro, que hipoteque sino las posesiones de Santo Tomás de Dunes, de Naye, de Bliessac... No nos hallamos por cierto tan apurados todavia... A escepcion de los dominios de Maillepré que son bienes vinculados, podemos hacer dinero de todo lo demas. Haced que me sirvan la comida!...

«Yo me quedé aterrada...

«Y sentia sin cesar á Santa que lloraba y

gemia...

«En aquel tiempo yo no estaba aun completamente prisionera. Tenia la misma vida que todos los demas. Se me hablaba todavia como á un viviente.

«Habitaba en la misma casa, en el piso mas abajo, un hombre cuya reputacion habia llegado hasta mi: decian de él que abrigaba un corazon dedicado esclusivamente á la beneficencia. Yo habia oido hablar muchas veces de sus valerosos esfuerzos en favor de los pobres. Se habia sacrificado hasta el extremo de desahogar las prisiones por llevar el consuelo y el alivio á las clases menesterosas y desgraciadas. Biot hablaba de él con mucha frecuencia, por que le estaban hablando de él siempre. Biot decia que aquel hombre generoso consagraba su pluma á los pobres, sosteniendo en pro suyo y contra los ricos una guerra infatigable...

«Se necesita menos valor, hermano mio, para implorar una limosna, que para ver á todas horas el dolor y la amargura de los seres que se aman.

«Yo sali sin ser apercibida de nadie y llamé á la puerta de aquel hombre.

«Quiero callarte su nombre. De que me serviría legarte la desdichada herencia de una venganza estéril?..

«Entré en su casa. Yo tenía el rostro inundado de lágrimas,

«En medio de ahogados sollozos, le dije: Mi madre se está muriendo y nosotros no tenemos un bocado de pan!

«El hombre generoso me tomó de la mano y me introdujo hasta el fondo de su habitación.

«Yo le seguí sin desconfianza. El iba cerrando todas las puertas detrás de nosotros.

«En la última pieza, me hizo sentar a su lado, y me dijo que era hermosa.

«En aquel momento se elevó en el fondo de mi corazón una voz que me aconsejaba huir de aquel lugar. El rostro de aquel hombre me repugnaba y me causaba horror. Pero tenían tanta, tanta necesidad de mi valor todos aquellos seres a quienes yo amaba!... y después de esto, me habían repetido tantas veces las alabanzas de aquel hombre caritativo y benéfico, cuya pluma desinteresada halagaba tan solo a la indigencia!...

«Las primeras palabras que me había diri-

jido habían sido desde luego dulces y paternales. Dióme las gracias por haberme acercado á él. Repitió largas frases sobre la satisfacción que el sentia haciendo felices a los demás.

«Yo halle todo esto muy bello, pero tenia miedo porque sus ojos audaces me devoraban sin cesar, y porque él me decia á cada momento que era hermosa.

«Asióme entrambas manos. Esos seres á quien vos amais, me dijo, esos seres, niña mia, tendrán pan que comer desde hoy en adelante. Yo no soy rico. Acabo de salir de la prision adonde me han conducido mis esfuerzos en favor de los infelices... Pero no hay hombre tan pobre que no pueda conceder un obolo que se le pide con gran necesidad... Habeis hecho muy bi-n en venir, niña mia...

«Yo recuerdo estas palabras, porque ellas reanimaron mi afligido corazon. Me avergonze de haber sospechado un instante de un hombre tan bueno.

«Hermano mio, hermana!... lo que voy á deciros... todo lo que sigue es verdad... es la pura verdad.

«El generoso escritor hizo un movimiento. Yo creí que se levantaba para ir á buscar los

socorros que habia ofrecido, y me hallaba muy impaciente, porque vosotros me esperabais, y me parecia escuchar vuestros gemidos sobre mi cabeza.

«Senti mis brazos sujetos á la espalda por un lazo brutal. Lancé un grito...

«Un solo grito; pero unos labios infames se posaron como una fuerte mordaza sobre mi boca...

«Entonces, yo era vigorosa todavia. Luché con todas mis fuerzas. Dios nos ha dotado á las mugeres de una presciencia del peligro. Yo lo ignoraba todo, y en aquel momento cruel que precedió á mi humillacion, todo se reveló á mis ojos.

«El miserable hacia grandes esfuerzos para vencerme, se ponía encarnado; su semblante enrojecido se posaba oprimiendo fuertemente mi rostro, su respiracion ardiente me sofocaba y ahraaba...

«Yo resisti, luchando siempre con todas mis fuerzas.

«El hijadeaba ya medio rendido de cansancio. Sus ojos ensangrentados parecia que iban á saltar de las órbitas...

«Cayó sobre sus rodillas... Yo me creí en

salvo.

«Pero él volvió á levantarse arrojando espuma por la boca y blasfemando horriblemente... Su puño cerrado hirió tres veces mi pecho. La muerte pasó por delante de mis ojos..

«Hermano mio, hace ya mucho tiempo que yo he perdonado á ese hombre, todos los dias ruego por él al cielo.

«Yo estuve quince dias agonizante. Vosotros no podeis haberlo olvidado. No tenia ni el uso de la razon.

«Cuando volvi de mi letargo, todos vosotros estábais alrededor de mi cama. Mi madre habia muerto ya.

«Dios mio! Puedo ser culpable?... Yo nada supe hasta el momento desventurado!

«Sin embargo, una vaga tristeza pesaba sobre mí. Yo ignoraba la causa de mis temores, pero temia; yo sufría horribles angustias durante mis largas noches de insomnio. Deseaba estar sola, y desde el momento en que me veía sola, anhelaba ruido alrededor de mí, movimiento, vida.

«Vosotros os ocupabais de mí todavia en aquella época, hermanos míos. Con mucha frecuencia, os esforzásteis á adivinar la causa

de mi tristeza. Santa, la pobre niña me colmaba de caricias. Carlota en sus arranques de infantil alegría, se atrevía tal vez á preguntarme. Podía yo responder? Yo me acordaba sólo de una lucha horrible, terminada por un golpe casi mortal. Hé aquí todo lo que yo sabía... Por mi salvacion os lo juro!... Esto era todo lo que yo sabía.

«Hay acaso en nosotros dos memorias; la del instinto y la de la razon?... Yo no me acordaba mas que de un asesinato, y sin embargo no acusaba á un asesino.

«Tenia verguenza de pronunciar su nombre. No le he pronunciado jamás. Por qué?...

«El permaneció en la casa, conservando su reputacion de hombre generoso y benéfico. Continuó allí mas de un mes despues de su crimen, como si hubiera adivinado que nada tenia que temer de mí. Despues partió. Yo no le he vuelto á ver jamás. Dios le conceda el arrepentimiento y el perdon de su delito!

«Yo me restablecí lentamente, y como me fatigarán sobremanera vuestras preguntas tiernas y cariñosas, tenia mi mayor gusto en quedarme sola con madama la Duquesa. La veneracion verdadera y profunda que yo sentia há-

cia ella fué una razon mas para que me quedase siempre á su lado, con el reposo que habia menester, y que solo á su lado podia encontrar. Si lloraba, ella no me veia; si suspiraba, no me sentia tampoco.

«Yo creo que en su inteligencia soy todavía una niña que aun no ha llegado á la edad de la razon. Jamás me ha dirigido una pregunta. Y á su vista, delante de ella, es donde yo he sufrido tan cruelmente!

«Pasaron algunos meses.

«Una noche, me despertaron sordos dolores... En mis entrañas se movia alguna cosa... Yo escuché... Observé llena de espanto aquella revolucion desconocida que se obraba dentro de mí... aceché cada estremecimiento que retorcia mis entrañas...

«Oh! quién sino Dios podia hacer descender un rayo de júbilo al corazon de la pobre niña que iba á ser madre!

«Qué voz sino la suya revelaba á la ignorante virgen aquellos misteriosos ofrecimientos del dolor!...

«Un grito profundo se elevó desde el fondo de mi alma. Yo me senti poseida de un transporte de amor, de amor inmenso. Junté mis

manos y oré..

«Oré por mi hijo, cuya venida me anunciaba un estremecimiento de ternura. Yo era madre; lo sentía; lo sabía!

«Madre!... Aquella fué una noche de deliciosas esperanzas, de locas ternezas, de ardientes desvarios.

«Mi hijo! o! cuánto le amaba ya!...

«Aquella fué una noche de desgarradora incertidumbre, de amargos temores, de duelo y de agonía!...

«Yo era madre!... y era la señorita de Maillepre!...

«En nuestra infancia, Gaston, nuestra buena madre solía decir que nosotros dos nos parecíamos tanto en el semblante como en el corazón: que éramos dulces, pero altivos y arrogantes.

«Esto es muy cierto! Al arrebatarnos todo lo que no tenían nuestros padres, Dios nos dejó solamente el noble orgullo de nuestra raza...

«Tanto mejor para ti, hermano mío. El orgullo en el hombre es el don. El orgullo en vosotros es el valor; es la virtud...

«Tanto mejor para ti!...

«Pero para mí!... Oh! donde se ha estroviado la sangre gloriosa de Maillepré, que circulaba por mis venas!...

«Ya lo sé. El ser puras, no les basta á las hijas de nuestros padres. Les está prohibido caer, aun bajo el peso de la fatalidad misma. Una mancha involuntaria tambien empaña y desluce un escudo. La desgracia en ellas mancilla casi tanto como el crimen. No es cierto que solo quedaba ya un claustro para la señorita de Maillepré deshonorada y envilecida?...

«Pues bien, hermano mio, yo misma me he juzgado. Yo misma me he condenado. He puesto una dura barrera entre la vida y mi juventud. Existe tal vez un claustro mas inaccesible á los placeres del mundo, mas silencioso, mas solitario que mi prision?...

«Dios, que me ha infundido un respeto religioso hacia nuestra abuela, ha dado fuerzas á la pobre niña envilecida para no murmurar para no quejarse siquiera en su estrecha reclusion....

«Yo sentia vagas esperanzas, mezcladas de impaciencia y de terror. Ignorándolo todo, yo no podia adivinar ni prever las escenas sangrientas de ese drama de dolor, en que la mu-

ger divide en dos su aliento y su vida, desprendiendo de sus entrañas un nuevo ser...

«Yo no pensaba en disponer preparativos de ninguna especie; no pensaba siquiera en tomar la menor precaucion. Tenia en Dios una fé sin limites, una fé inmensa: Dios sabia la inocencia de mi alma.

«Y... lo diré?... este era un pensamiento loco y sacrilego!... pero yo me comparé con la Virgen Santisima á quien elevaba cada dia mis ardientes plegarias... En medio de mi horrible miseria, como ella en medio de su divina gloria, yo iba á ser madre, yo que salia de la adolescencia, yo que no habia abrigado en mi corazon ni aun el nombre de un hombre!

«Perdonadme, Virgen Santa!.. yo os ruego que me perdoneis!... He llorado despues mucho, por haberme atrevido á colocar mi oscura humillacion al lado de vuestros sublimes misterios... Pero mi hijo, pero mi Jesus iba á nacer, y yo no tenia ni aun un pesebre en donde calentar sus primeros paños...

«Santisima Virgen! Vos me habeis perdonado. Vos teneis piedad de las madres.

«Yo tenia en vos mi esperanza. Despues de mi oracion, os ví bajar bañada de celestiales

sonrisas, dirigiendo hacia mi, niña desventurada, vuestra divina mano para mostrar mi amargo dolor al hijo de Dios, de quien sois la suprema misericordia..

«Todo yacia un silencio en nuestra pobre morada. Únicamente una pequeña puerta me separaba de vos, hermano mio, de Santa y de Carlota. Mi cama estaba tocando con la de madama la Duquesa nuestra abuela.

«Mi vientre se retorcia, presa de mortales dolores.

«Yo sufría! oh! sufría cruelmente!.. Dedos de hierro desgarraban mis entrañas... Un sudor frio inundaba todo mi cuerpo. Mi corazon desfallecia. Mi cabeza pesada queria estallar!...

«Mis vestidos, apretados con fuerza entre mis dientes, ahogaban los ayes, las quejas que querian arrancar de mi corazon!...

«Los sonos vibrantes de la campana de Nuestra Señora de los Campos tañian á matines.

«Yo queria orar.... oh! cuán difícil es la oracion en las horas de tormento y de martirio!...

«Pensé que me iba á morir...

«Madama, mi abuela, dormia profundamente. Reposaba con ese sueño ruidoso en que su respiracion se deja sentir fuerte y tranquila..

«Dormia como ahora, en el momento en que escribo estas lineas. Sin duda la vida de madama nuestra abuela, ha sido una vida buena y cristiana, porque su vejez se desliza tranquila y dulce...

«Nada hay que turbe la calma de sus dias; ningun sueño afanoso ajita el blando sosiego de sus noches.

«Todavia vivirá mucho tiempo. Vosotros me reemplazareis a su lado...

«En aquel momento de indecibles torturas, el bienestar, la tranquilidad de mi anciana abuela, aquella tranquilidad que yo contemplaba tan cerca de mi, me parecia un sarcasmo cruel que insultaba mi angustiosa amargura. Yo envidiaba aquella inmovilidad fria, aquella falta completa de sentimiento que protege al parecer a madama la Duquesa contra todos los males dolorosos de este mundo...

«Oh! pero cuánto júbilo senti tambien despues en medio de mi bárbaro suplicio!.. Cuanta alegría, cuánta felicidad refrescó despues hasta el fondo de mi moribundo corazón!..

Todo mi sér se deshizo en un momento de inmensa angustia... La vida me abandonó por un instante... Mis sienes latieron fuertemente... Mis ojos se cegaron desvanecidos... Mi lengua se pegó helada al paladar... Yo recomendé á Dios mi alma...

«Despues, mis ojos volvieron á abrirse.... Una sensacion de placer desconocido y nuevo ajitó toda la sangre de mis venas...

«Edmundo!... pobre ángel, frío!...

«Yo contuve un grito que iba á escaparse del fondo de mi alma. Me levanté. Mi amor me daba fuerzas...

«Atravesé silenciosamente, con mi hijo entre los brazos, la habitacion donde dormiais todos. Sali.

«El frío me hizo temblar fuera.. Yo comencé á caminar sostenida en las paredes. Nadie habia alrededor que pudiera acechar mis amargos gemidos.

«Llegue por fin, muerta de dolor y fatiga, á tocar el umbral del convento de Nuestra Señora de los Campos... Levanté la aldaba con un último esfuerzo..., despues me dejé caer desfallecida, inanimada, sobre la piedra húmeda...»



II.

**El hijo de Berta.**

**A**si continuaba el testamento de Berta:

«Era una noche fría y oscura. Yo estaba medio vestida. La lluvia calaba mis huesos. El contacto de aquella piedra helada hacía parar la sangre dentro de mis venas. Solo me había salvado á medias del peligro.

«Algunos minutos mas, y no sé lo que hubiera sido de nosotros.

«De nosotros, hermano mio!... eramos dos! mi hijo y yo!... Oh! si hubiera muerto entonces con mi Edmundo entre los brazos!...

«Pero la necesidad y el dolor no llaman nunca en vano á las puertas de estas santas moradas. Una mano compasiva y benéfica me levantó bien pronto del suelo, en donde me hallaba desmayada. El último lazo que unia á Edmundo a mi seno, fué cortado tambien.... Yo recobre los sentidos y pude contemplar a través de mis lágrimas las facciones de mi hijo...

«Estaba dormido. La buena hermana que me habia recogido le mecia entre sus brazos.

«Era una muger jóven todavia, de semblante dulce y enflaquecido por la penitencia. En él se leia la espresion del sufrimiento... aquella muger debia haber padecido mucho. Pero la resignacion se reflejaba serena en su frente; y sus ojos, que la costumbre de orar llevaba frecuentemente hácia el cielo, tenian una espresion dulce y tranquila... Pero mi hijo! mi Edmundo! qué hermoso era! La santa muger no podia menos de sonreirse al contemplar su sueño. Y le arrullaba entre sus brazos tan dulcemente!..

«Yo besé el ribete de su saya grosera, para pagarla aquella sonrisa que dedicaba a mi hijo.

«Despues la dije:

—«Hermana mia, tened piedad de mi! ese pobre niño no tiene un asilo!...

«La religiosa me miró con aire severo. Pero estampo al mismo tiempo sus labios en la frente de mi hijo.

«Ella me dirigió algunas preguntas. Yo la referí mi desdicha:

«Y me creyó; porque colocó á mi Edmundo en su propio lecho, y apretó mis dos manos entre las suyas.

—«Hija mia, me dijo; yo no soy mas que la hermana tornera de un pobre convento... pero vuestro hijo tendrá un asilo... El hombre que ha abusado de vuestra afliccion, es uno de esos hombres que nos asesinan hace cuarenta años, y que ahora nos caen encima.... Es necesario rogar á Dios por él, hija mia!..

«Esto me dijo ella. Yo no la comprendí, hermano mio. ¿es cierto que ha habido una época muy cercana á nosotros en que la beneficencia y la santa caridad han sido titulos de proscripcion?... Mi padre nos decia muchas veces que durante su estancia en América, la Francia se habia dividido en dos bandos enemigos, y que la sangre se habia derramado á torrentes... Pero decia tambien que la Fran-

cia era un país en que brillaba la generosidad y el honor... Asesinar pobres mugeres!...

«Esto es imposible... imposible, no es verdad?... Y en nuestros días ¿quién tendría valor para calumniar á esos ángeles de la tierra que hacen una vida comun, dedicada solo á la oracion y á la caridad?...

«Iba á amanecer. La hermana Marta despertó á una de sus compañeras, y ambas me sostuvieron hasta el umbral de nuestra casa.

«Yo recogí toda mi felicidad dentro de mi misma. Me dedique con mayor asiduidad que antes al cuidado de madama nuestra abuela, confinándome á su habitacion, para tener tiempo de guardar un profundo silencio, y pensar en él, siempre en él!

«En mi querido Edmundo, que iba aprendiendo ya á sonreír á su madre!...

«La hermana Marta le había confiado á una pobre muger de la calle del Oeste. Siempre que el sol brillaba claro, mi Edmundo podía respirar el aire puro que murmura entre los grandes árboles de Luxemburgo.

«Crecia: se iba haciendo robusto y vigoroso... Yo era muy feliz! Cada dia me escapaba de casa al descender la tarde, y corría á estre-

charle entre mis brazos..... Dios mio! Dios mio! yo era muy feliz!

«Nadie se apercibió en casa de mis ausencias. Yo me recataba siempre, como si fuese á cometer un crimen. Solo Biot me vió una ó dos veces deslizarme de la cámara de mi abuela. Pero Biot tiene un excelente corazón, y ama demasiado para poder abrigar sospechas.

— «Hermano mio, si vos hubierais visto al pobre niño enjugar mis lágrimas con sus manecitas de rosa!..... El me conocia... conocia siempre á su madre! Al acercarme á él, sus vagidos se volvian dulces y cariñosos...

«Y tenia dos madres entonces. La hermana Marta iba á verle casi con tanta frecuencia como yo... Santa muger, que ahora esta con Dios, y que protege á mi Edmundo en el cielo, como le protegía en la tierra!...

«Señor!... Si yo era tan feliz, yo que solo contaba con una hora cada dia para ver á mi hijo, para admirarle, para adorarle, cuanta debe ser la felicidad de otras madres!

«Sus ojos se cierran cada tarde, fijos en el rostro querido de su hijo que duerme dulcemente. Durante la noche, despertadas por su dulce voz, gozan ese placer bendito de ali-

mentarle con su pecho, haciendo circular su propia vida por las venas de un ser adorado! Por la mañana, estan sobre su cuna, acechando su primera sonrisa. Y todo el dia le pasan gozando con los inocentes caprichos de su hijo, moderando sus locas alegrías, consolando sus pasajeros dolores, que comienzan por lágrimas y concluyen por una sonrisa encantadora!...

«Cuánto deben amaros, Dios mio! Cuánto deben amaros esas felices madres! Cuántas gracias os darán por su inefable ventura!...

«Yo... yo os las daba desde el fondo de mi corazón. Edmundo mamaba la leche de una estraña. Edmundo dormia muy lejos de mi lado; otra mano, y no la mia, arrullaba su dulce sueño.... Pero él era mio... yo era su madre!...»

Y Berta interrumpió su lectura. Su rostro estaba inundado de lágrimas.

—Yo era su madre!... murmuró la infeliz.

Y dirigió una mirada oblicua á el bucle rubio de su hijo.

—Oh! si!... continuó; yo he visto estos cabellos alrededor de una frente rosada... qué finos y qué brillantes estaban entonces!.. Era

la frente de mi hijo!... Ah! yo he tardado mucho en morir!...

Volvio una hoja de su manuscrito y leyó:

«Tal vez necesitaba mis cuidados. El alimento que él habia menester no era sin duda el del pecho de aquella muger... Qué se yo?. A un hijo le hace falta su madre...

«Yo le vi un dia mas pálido que de costumbre. Me volvi á casa cruelmente afligida. No sé que horrible presentimiento me estremecia el corazon. Ningun sintoma alarmante aparecia en el rostro de mi hijo, pero yo no tenia fé en mi felicidad!... Me parecia que nuestros goces, los goces de los Maillepré familia oprimida y agobiada bajo el peso de una fatalidad misteriosa debian ser siempre fugaces, pasajeros, y seguidos de un padecer horrible!

«Ay!... No me engañaba, no, por lo que á mi concierne. Ojalá me equivoque respecto de vosotros, hermanos míos!

Al dia siguiente, Edmundo estaba mas pálido todavia. Hacia esfuerzos para sonreír, y lloraba.

«El dia despues...

«Perdonadme, Dios mío!.. yo desesperé de

vuestra justicia... blasfemé.... Perdonadme, Dios mio, perdonadme!

«El era mi única esperanza en este mundo! Habia depositado en él toda, toda la ternura de mi corazon!...

«Tenia un paño blanco sobre la cuna.. Su cuerpecito estaba frio... Parecia que se hallaba durmiendo.

«Mi alma se despedazó... Yo ya no tenia hijo!..

«Señor! vos me le habiais dado, vos podiais arrebatármelo cuando fuese vuestra voluntad... Yo cometi un horrendo crimen al rebelarme contra vos.... Pero, tened piedad de mi!... tened piedad!.... He llorado mucho desde aquel dia!... En la hora de mi muerte, no me cerréis la puerta de vuestro cielo, de ese cielo en donde habeis recibido á mi hijo.

«Yo sali una mañana, y seguí sola, enteramente sola, un pequeño féretro, sobre el que habia colocada una corona de flores.

«Colocaron el féretro en una fosa: me dejaron besarle... despues la tierra comenzó á caer sobre él...

«La tierra caía con un ruido sordo. A cada paletada, todo mi cuerpo se estremecía. Aquel

es un ruido que queda resonando en el corazón por largo tiempo, y que se reproduce durante la noche desgarrando el alma en las horas del sueño...

«Yo le oigo con frecuencia. Y entonces veo la fosa abierta, y su pequeño féretro que va desapareciendo poco á poco debajo de la tierra. Y mi martirio se redobla...

«A la noche siguiente, yo estaba muy fatigada y débil... no tuve fuerzas para contener mis sollozos. Vos fuisteis á mi lecho, hermano mio... Me preguntásteis la causa de mi aflicción...

«Oh! desde entonces, me he sabido dominar mejor... no es cierto?... He sabido ocultar mis penas á todo el mundo!... Me he convertido en Berta la estatua... Nada ha habido ya de común entre las angustias crueles de mi corazón, y mi semblante de mármol!...

«Todo habia concluido. Qué habia ya que pudiese arrastrarme fuera de aquí? Cerré delante de mí esa pesada puerta, por fuera de la cual hay luz, aire puro, vida. Me esforcé á aparecer fría, inmóvil, insensible...

«Vosotros me juzgásteis así, hermanos míos, me juzgásteis insensible, tal vez con demasia-

da precipitacion... Qué importa?... Vuestro error ha llegado á convertirse en realidad.

«Si, yo me he vuelto fria con el contacto incesante de esa vejez helada... Si mi corazón ha palidecido tambien como mi semblante!...

«Si, sí... Yo no sé qué aliento anima todavía este cuerpo diáfano y lívido, que ya es un cadáver!...

«Yo respiro... pero ya no siento... no! ya no siento! Mi hijo!... este es el único que me une á la tierra.

«Una tumba es lo único que me sujeta á la vida.

«Fuera del pensamiento de mi hijo, no existe nada en mí que no esté marchito y muerto...

«Necesito su imágen para poder pensar; para orar, necesito su recuerdo.

«Hermano mío, si Dios permite que los Maillepré recobren algun día su perdido esplendor, vos volveréis á ser poderoso y grande como lo eran nuestros mayores. Sois digno de ello. En esos días de felicidad y gloria yo os lo ruego con toda mi alma! no rechazéis con desden la memoria de Berta. Muere ino-

cente. Solo vos poseeis su secreto... Vuestro escudo no tendrá ninguna mancha por culpa suya, y su alma es virgen y pura á los ojos de Dios.

«Si sois rico, dadla un lugar en el sepulcro que vuestro piadoso amor elevará sin duda á nuestros padres. Dad en el lugar á Berta y á su hijo ..

«Hermana mia, cuando sepais todo lo que he sufrido, tan cerca de vos, vuestro corazon se conmoverá tiernamente; vos me llorareis, porque sois buena... Lloradme, sobre todo, hermana mia, porque he tenido la desgracia de no encontrar aquí abajo un alma en quien depositar mi secreto...

«Mi dolor me asesina, porque lo concentro todo en mi sola... porque yo siempre he sido sola, hermana mia!...

«Este silencio que me rodea; esta soledad, en la que solo se eleva delante de mi el semblante taciturno y sombrío de madama la Duquesa, este aire sofocante que ahoga mi pecho, mi humillacion, la muerte de mi Edmundo, todo esto se reune para oprimirme y acabarme, como un horrible peso que me manguilla la existencia.

«Cuántas veces he querido hablar, buscando un sér que me compadeciese y consolase!...

«Pero me habia impuesto la tarea de velar noche y dia por madama la Duquesa. Y nosotros los Maillepré no sabemos quejarnos, ni sabemos implorar compasion!..

«Mientras mis piernas alcancen á sostener este cuerpo moribundo, yo cumpliré con mi deber. Me levantaré todas las mañanas para emplearme en el tocado de madama nuestra abuela. Mi voz se elevará cada tarde, repitiendo á su oido las santas lecturas de costumbre...

«Durante la noche robaré á mi sueño las horas que haya menester para continuar este bordado, cuyo valor me abrirá todavia una vez las puertas del hermoso jardin en que descansan todos aquellos séres que amábamos en la tierra.

«Despues, cuando Dios juzgue cumplida la cuenta de mis dolores, me llamará á su seno. Vosotros me encontrareis tendida en mi asiento, pálida, helada, como el dia anterior. Yo estaré ya entonces al lado de mi Edmundo.

«Hermano mio!.. hermana mia!.. sed ven-

tuosos... tan venturosos como yo os lo deseo...<sup>2</sup>

El sol naciente derramaba sus indecisos resplandores a través de las espesas cortinas de las ventanas.

Colocó Berta el manuscrito sobre el velador... Estaba pálida, espantosamente pálida!

Mucho tiempo antes de llegar al fin del manuscrito, su semblante habia recobrado la espresion de helada inmovilidad que le era ordinaria.

Berta se levantó despues. Sus piernas se doblegaron bajo el ligero peso de su cuerpo enflaquecido.

Dirigióse al lecho preparado para ella, y trató de echarse y dormir.

La fatiga la hizo caer al punto en un profundo sueño.

El sueño comenzó á estender quimeras en torno de su mente. Su boca descolorida se abrió lentamente dejando entrever una sonrisa de dulce arrobamiento. Sus labios se comprimieron para murmurar esas dulces que-rellas que son el lenguaje de los sueños dichosos.

En su semblante, iluminado á deshora por

una radiante hermosura, se pintaba una expresión de felicidad estática.

—Edmundo!... Edmundo!... dijo la pobre madre. . . . .

Al día siguiente, cuando Juan María Biot se presentó en la cámara de la anciana Duquesa, esta dormía todavía profundamente.

—Sabes tú leer? preguntó Berta al portero...

—Si señorita, respondió Biot.

Berta le puso su manuscrito entre las manos.

—Tú eres de la familia, continuó ella; este es mi secreto... Lee este manuscrito, y haz lo que yo suplicaba á mi hermano que hiciese él...

Biot quiso replicar... pero una voz seca y cascada resonó al mismo tiempo en la alcoba llamando á la señorita de Maillepré.

A la misma hora, y en un salon del primer piso del palacio, M. Williams estaba sentado junto á una mesa, hojeando un voluminoso libro, de entre cuyas páginas salían numerosos registros.

Cerca de la chimenea, cuya cornisa de

mármol estaba llena de papeles mezclados en desórden, se mantenía en pie uno de los criados de M. Williams.

No puede decirse propiamente de aquel hombre, que fuese un simple criado. Tenía un aspecto de inteligencia y dignidad, tan frío como el de su amo; su traje era exactamente un medio entre el vestido de calle y la librea.

Estaba M. Williams completamente de negro, como en disposición de salir de casa. Había en su rostro una espresion marcada de firmeza varonil, pero sus cabellos eran completamente blancos. Esta circunstancia no le hacía parecer tan viejo como podría creerse. Su estatura robusta y su talle vigoroso desvanecían la impresion que hacía á primera vista aquel signo de la ancianidad. Despues de bien observado, solo podían dársele á M. Williams sesenta años de edad. En sus facciones se echaba de ver al instante una espresion de hondad flemática. A la inmovilidad de su semblante se añadía la inmovilidad, todavía mas notable, de su cuello, envuelto en una alta corbata blanca, é inflexible como si fuese de piedra.

Todos saben que la etiqueta inglesa endereza generalmente el cuello de cualquier gentleman que tiene cierta idea de su importancia; pero en el cuello de M. Williams había ya una tiesura extraordinaria y exagerada. Los cuellos de camisa mas almidonados y embarazosos de nuestros sportmen, aun los de aquellos que llevan al último extremo su ridiculez, permiten saludar con una ligera inclinacion ó poco menos; permiten volver á medias la cabeza, y tomar esa actitud humilde que los progresos de la equitacion han enseñado á los cabalgadores de primera tigura. M. Williams, por el contrario, parecia como aprisionado por la estrecha cárcel de un gorjal de acero. Para volver la cabeza hácia cualquier lado volvía todo el cuerpo: para poder leer en su libro, tenia que levantarle á la altura de los ojos.

En un hombre de los años, y sobre todo de la gravedad de M. Williams, la moda tiene poco imperio generalmente. Aquella tiesura de su cuello, solo podia proceder de un vicio de constitucion ó de alguna herida.

La pieza adonde hemos introducido al lector, era uno de los salones de recibimiento

del palacio de Maillepré. La armonia de sus hermosas proporciones le hacian parecer mas pequeño de lo que era realmente. Su techo artesonado estaba lleno de pinturas de la escuela de Rubens, en las que brillaban los ricos toques del estilo flamenco. Veíanse allí diosas de robustas espaldas, niños bebedores, bacantes caídas en el suelo bajo el influjo de la embriaguez; allí estaba Baco, el alegre conquistador, riendo con su copa colmada en la mano y haciendo flotar alrededor de su prolongada frente los pámpanos y verdes racimos que forman su tocado; allí estaba tambien el viejo Sileno, el semi-Dios bonachon cuyo vientre es un odre inflado, Sileno el simbolo de la alegría juguetona, borracho sempiterno montado sobre un asno; Sileno, cuyo culto reprocharíamos amargamente á la antigüedad pagana, si no le hubiéramos robado su antigua sonrisa para colocarla en la estúpida faz del dios de la buena gente...

Alrededor del friso se estendia una larga guirnalda de encantadoras ninfas. Aquella era una pintura mas antigua, pero agradable tambien y espiritual en todos sus detalles. Aquella pintura era tambien la espresion de lo

bello, no como lo concibe la obesa inteligencia de Flandes, sino como lo sueña el génio delicado y purísimo de la Italia.

Diana corría conteniendo los arranques de su lebre fogoso. Su ademan, su marcha digna y elegante revelaban la diosa de los bosques. Su mano estaba escojiendo en su carcax la aguda flecha cuyo golpe debía terminar la caza. A su espalda se veían un sin número de celestiales vírgenes, cuyas bandas flotaban al viento de su carrera rápida.

Algun discípulo de Julio Romano, el mismo Primatice quizás, había diseñado aquella guirnalda animada llena de vida y movimiento....

Debajo del friso se estendían, colocados en cercanos espacios, algunos retratos de familia. Un mismo lienzo contenía á veces dos: un duque y una duquesa, rodeados de su marco de oro, adornado en la parte superior por sus escudos de alianza.

Aquella era la galería ducal. En otra pieza se hallaban los retratos de los antiguos señores de Maillepré, que habían muerto siendo simples caballeros, en un tiempo en que los reyes mismos tenían á mucho honor calzar la

espuela dorada.

En el último cuadro de la galeria ducal estaban los retratos de dos hermosos jóvenes, y debajo las armas cuarteladas de Maillepré y de Dreux.

El mancebo vestia el gran uniforme de brigadier de los ejércitos, y tenia el cordon del Espiritu-Santo sobre su pecho. Era Juan III de Maillepré.

La dama, que apenas parecia haber salido de la infancia, estos matrimonios precoces eran muy frecuentes, como sabemos, en tiempo de nuestros reyes, la dama se llamaba Berta de Dreux.

Era hermosa, pero un no se qué de sequedad y de dureza aparecia sobre el color rosado de su juvenil semblante, y cierta expresion de despego árido en su sonrisa, oculta á medias por un ramillete de zarza-rosa.

En cuanto al Duque de Maillepré, hubiérais creido al mirarle, ver á Gaston mas jóven todavia, con un aire de indolente abandono en los labios, y frescos colores en las mejillas.

M. Williams tenia en aquel momento los ojos fijos en este retrato.

Un rayo del sol, que comenzaba á elevarse



en su carrera, pasando á través de las cortinas heria oblicuamente toda la linea de los cuadros colocados enfrente de M. Williams, dando animacion y vida á los lienzos, y brillo y resplandores á las molduras sombrías de los marcos dorados.

M. Williams volvió á tomar su libro, que era el Código civil frances, y que estaba abierto por este titulo: de los ausentes.

Leyó algunas lineas; despues volvió á dejar el libro sobre la mesa, y dirigió su vista por un movimiento involuntario hacia el retrato del duque Juan III.

—Toby, dijo M. Williams al hombre que se hallaba detrás de él junto á la chimenea; habeis encontrado vos alguna vez por casualidad á ese joven que habita en el patio, cerca de nosotros?

—Jamás respondió Toby Grant, volviéndose con aire respetuoso hacia su señor.

—Ah!... murmuró este con tono dolorido.

Toby esperaba una segunda interrogacion. Pero viendo que su señor guardaba silencio, volvió á continuar su tarea.

Estaba ocupado en arreglar y ordenar los papeles esparcidos sobre la meseta de la chi-

menea. Había una gran porción de ellos, y la mayor parte presentaban ese aspecto particular de las hojas que han pasado por los oficios de escribano, ó permanecido largo tiempo en algun archivo.

—Toby, volvió á decir M. Williams al cabo de algunos momentos; cómo ha pasado el señor la noche?

—Bastante tranquila, respondió Grant; John y yo, hemos podido dormir descansadamente... Esta mañana al amanecer el señor se ha sentado sobre su almohada para elevar el canto de guerra... pero no ha intentado salir de la cama...

—Bien Toby, está bien..

M. Williams había escuchado aquella respuesta con aire distraído. Hizo volver algunas hojas de su Código, y puso un registro en la página del artículo 762, que niega á los hijos adulterinos todo derecho á la sucesion de sus padres.

—Toby, repuso en seguida; traedme el auto del tribunal de primera instancia del Sena, que declara á M. de Compans en posesion definitiva de los bienes de M. de Maillepré.

Registró Grant los papeles, y tomó de entre

ellos una minuta amarillenta ya por su mucho tiempo, y colocóla en manos de su señor.

M. Williams le leyó con la mayor atencion.

—Del primero de diciembre de 1803! murmuró este; al fin de este mes, ya no será tiempo!

Segunda vez leyó el escrito. Conforme le iba repasando, su semblante, inapasible de ordinario, tomaba una espresion de impaciencia y de furor.

—La ley está claramente infringida, repuso M. Williams, las prórrogas no se han observado... hacia ya nueve meses que se habia promulgado el Código... Era necesario que pasasen treinta y cinco años despues de la desaparicion de M. el Duque... y no han pasado mas que veinte!.... Pero, cómo apelar contra este fallo! seria preciso probar desde luego que los que tienen estos derechos, existen...

M. Williams se levantó, y comenzó á pasearse apresuradamente á lo largo de la habitacion.

Al pasar por delante del retrato del Duque Juan, sus ojos se fijaron de nuevo sobre la pintura vivamente iluminada por el sol. Y

quedóse de improviso con la boca abierta, como cuando se reconoce súbitamente un semblante que se ha buscado por mucho tiempo.

Volvióse despues con aire de mal humor, y continuó su paseo.

—Yo me vuelvo loco, murmuró; todavía, si yo me resolviese á acercame á un atogado! Pero en esta maldita ciudad hay lazos tendidos por todas partes!... Oh!... Me acuerdo!.. si!.. me acuerdo bien!...

Al pronunciar estas últimas palabras, sintió M. Williams un estremecimiento nervioso, y contuvo su respiracion oprimida...

—Ese hombre es demasiado poderoso! continuó; me venderian á su poder, que alcanza á todo... En este pais se asesina... oh! ya lo sé!... Hay lazos tendidos por todas partes al hombre sencillo y confiado... Oh! yo recelo, yo.... Yo quiero hacerlo todo por mí mismo...

Al hablar de este modo, M. Williams, manifestaba una emocion que contrastaba sobre manera con su calma habitual.

En el momento en que se acercaba de nuevo a su mesa de trabajos, oyóse un grito sordo y prolongado en la cámara vecina. Despues

se sintió como el ruido estrepitoso de una lucha violenta, dominado siempre por gritos extraños.

Toby dió un salto, apretó el pestillo de la puerta, y se lanzó fuera de la habitación.

Por la abertura de la puerta podía distinguirse á un hombre de talla casi gigantesca, medio desnudo, cuya piel rojiza hacia un notable contraste con los blancos girones de su camisa desgarrada...

Este hombre tenía asido por el cuello á John Robertson, el otro criado de M. Williams, y trataba de ahogarle exhalando al mismo tiempo salvajes gritos.

M. Williams traspuso el umbral, y dijo con voz imperiosa:

—Silencio, Oguah!... quieto!...

El hombre desnudo dejó al punto libre á Robertson inclinó la frente y quedóse en una actitud sumisa.

Era un anciano de facciones estiradas y deslucidas como las de un cadáver.

Todo había vuelto á quedar en profundo silencio. Toby volvió, y cerró nuevamente la puerta.

M. Williams se sentó á su bufete arrojó á

un lado el Código civil cuya encuadernacion se resentia ya del uso precedente que se hacia de el, y colocó delante todas las notas esparcidas alrededor, para poderlas abrazar de una sola ojeada.

—Tomad la memoria, Toby, dijo M. Williams, y escribid.

Toby se instaló al punto delante de un pupitre; y abrió una especie de registro timbrado, escrito ya casi hasta la mitad.

M. Williams pensó un momento, y comenzó à dictar en inglés.

Toby, traduciendo al mismo tiempo, escribia en francés.



### Lo que pesa un adulterio.

**L**a memoria de M. Williams estaba dirigida á M. el Presidente del Consejo Real de Paris.

Estaba concebida con la mayor precision y detenimiento. Era la obra de un hombre versado en los negocios.

Vamos á colocar ante los ojos del lector la parte de esta memoria, por donde tenia abierto Toby el manuscrito, tomándonos alguna

vez la licencia de arreglar la relacion á nuestra manera.

La relacion no databa de ayer, como suele decirse.

Comenzaba 1769; el Duque Raoul de Maillepré acababa de pasar entonces á mejor vida, lleno de años y de gota, como debia estarlo un gran señor que habia bebido, galanteado, cantado y dormido, en otro tiempo, de sobremesa, en compañía de M. el Regente.

De toda la posteridad de el Duque Raoul, solo quedaba un niño, hijo ya de su vejez, que heredó los dos ducados y todos los bienes inmensos de Maillepré.

Este hijo era un gentil caballerito, hermoso de cuerpo, valiente de corazon, y muy parecido á todos los mayores, esceptuando sin embargo al Duque su padre, á quien no hubiera sido bueno que se asemejase de ningun modo.

En efecto, la regencia, esa era vergonzosa y profanada, cuyo panegirico ensayan de vez en cuando algunas plumas interesadas, habia afeminado á los varones mas valerosos, colocando la seda manchada de vino en pechos mas á propósito para vestir la acerada arma-

dura.

Juan de Maillepré no habia conocido esa época, que convendria ciertamente borrar de nuestra historia. Solo habia visto entre los juegos de su infancia el fin del largo reinado de Luis XV, el rey de los polvos y de los lunarcitos artificiales, que en su juventud ganó grandes batallas, y que hizo en su vejez tan flojo como una copla de Vaudeville.

Contaba Juan de Maillepré poco mas de quince años, cuando se enlazó con Berta de Dreux, que iba á cumplir trece.

Vagas y confusas ideas de libertad germinaban entonces por el mundo. El filosofismo se apresuraba á desenvolver sus teorías en Francia, y preparaba con un afán ardiente los grandes acontecimientos de esa revolucion, que no nos toca juzgar á nosotros.

Nuestro jóven Duque, esperando el día en que se le concediese la posesion de su mujer, que inmediatamente despues de la ceremonia nupcial habia entrado en un convento, ocupaba noblemente la vida, acompañandose con sus iguales, y perfeccionándose en todas esas cosas que debe saber un caballero.

La moda habia cambiado mucho hacia cin-

cuenta años. Casi nadie hacía ya la ronda por las calles, el duelo se iba haciendo muy poco frecuente, y si había algún banquete ya solo se hablaba en él de filosofía.

Entonces, contemplad esto sin estremece-ros! entonces, alrededor de una mesa desordenada una porción de niños borrachos y de damiselas galanes discutían sobre la existencia de Dios, proscribían la virtud y se regalaban mutuamente, no frases amorosas como debiera creerse, sino alusiones pedantescas y sublimes palabras filosóficas.

Entonces todas eran y perdónesemos el anacronismo todas eran orgías de políticos, de literatos y de filósofos.

Políticos, literatos y filósofos mas elegantes y mas pulcros que los de ahora, y un poco menos fumadores.

Juan de Maillepré se vió fuertemente dominado por el espíritu de su época. Era joven, generoso y ardiente. Aquellas nuevas teorías, que no se presentaban bajo la forma de una enseñanza severa, y que sabían deslizarse dulcemente hasta en medio de los placeres y de los juegos, eran por esto mismo doblemente peligrosas para la juventud. Las

mujeres por otra parte habian tomado desde luego á la filosofía bajo su encantadora protección. Hubiérais podido escuchar á los labios rosados de las marquesas, parafrasear el Contrato social, ó decorar de un modo verdaderamente adorable cinco párrafos seguidos de la Enciclopedia. Todos sabian de memoria á d' Alembert, y se dormian cada noche haciendo esfuerzos desesperados por comprender á Helvecio.

Y habia entonces niñas de catorce años que ya eran ateas; y las mas moderadas y precavidas admitian, por un exceso de prudencia extraordinaria, la existencia de un Dios desconocido: el Ser Supremo.

Pero á parte de estas locuras que inspiraba, siguiendo la imágen sublime del poeta *la carcajada espantosa de Voltaire*, estaba tambien la admosfera impregnada de un espíritu de análisis y de indignacion, que hacia brotar de vez en cuando ideas tan luminosas como fecundas. El mundo aturdido y frivolo acogia sin eleccion tanto lo bueno como lo malo. Nada sostenia el bien en contra del mal, en aquel segundo caos.. La sociedad se transformaba por si sola y como á la ventura, sin

que una mano vigorosa y pura se encargara de dirigir su temible revolucion.

Muchos ingenios nacientes y valerosos se movaban ya entonces amargamente de la palabra libertad, bandera mágica pero estravagante y caprichosa, bajo cuyos anchos pliegues se han ocultado muchas tiranias; estandarte sagrado que abriga y resguarda con frecuencia á la ambicion cobarde y traidora.

Juan de Maillepré, dejando á un lado las discusiones religiosas, y conservando integras ó poco menos las creencias de sus padres, lo que era todavia mas asombroso, se lanzó con todas sus fuerzas en la senda de los amantes de la libertad. Tal vez él mismo no sabia darse cuenta precisa de las ideas que encerraba aquella palabra; pero podemos asegurar que veia á través de ellas grandes cosas.

Y no se engañaba ciertamente... porque seria una negra perfidia acusar á la libertad de todas las vilezas y monstruosidades que han robado su nombre para espantar al mundo....

Juan de Maillepré fué del número de esos jóvenes nobles y generosos que con M. de Lafayette á la cabeza, anticiparon tanto el mo-

vimiento popular.

El manuscrito de M. Williams daba sobre este particular detalles demasiado minuciosos que nosotros nos abstenemos de reproducir, limitandonos únicamente á todo lo que tenga conexi6n con nuestro drama.

Al cabo de dos años, el mismo dia que entró en los quince, Berta de Dreux salió del convento, y se instaló con toda ceremonia en el domicilio conyugal. Despues de algunos dias de festin dedicados á celebrar aquel acontecimiento, el Duque se sintió perdidamente enamorado de su muger, de quien no era muy querido ciertamente.

Juan de Maillepré poseia sin embargo todas las dotes necesarias para agradar á una muger, y M. Williams se admiraba mucho en su manuscrito de la inesplicable aversion que sentia Berta hácia él. El jóven marido padeció cruelmente al apercibirse del desvio de su muger. Quiso dudar de su desgracia por mucho tiempo. Su amor redobló todos los cuidados imaginables para vencer aquella indiferencia inconcebible.

Hubo un momento en que se creyó muy cerca de la felicidad: Berta iba á ser madre.

Pero el nacimiento de un hijo no cambió en nada la posición respectiva de los dos esposos. Aquel acontecimiento, tan influyente en el ánimo de todos, ningún resultado tuvo para ellos dos. Berta continuó indiferente y fría: no amó por eso al padre de su hijo.

El Duque Juan, herido vivamente, fué á refugiarse entre el tumulto ruidoso y ardiente de las teorías políticas, que la muerte de Luis XV y el advenimiento al trono de un rey entusiasta por las nuevas ideas, hacia aparecer aun mas atrevidas y descaradas.

Tal vez si hubiera sido mas feliz, el Duque Juan habria preferido los goces conyugales á los que podia encontrar en la empresa caballerisca que llevó en aquel tiempo á todos los jóvenes valerosos allende al mar. Pero el hastio devoraba su existencia. Su alma, que solo anhelaba emociones para derramar el exceso de su ardor, de su savia juvenil, rechazada por el amor, lanzóse enardecida tras de los peligros de la guerra, buscando con cierta ira furiosa aquel noble refugio contra sus pesares.

Exaltóse su cabeza y embriagóse su corazón entre los riesgos de aquella nueva vida.

Castigar al ambicioso inglés, conquistar la libertad de un pueblo entero, era una empresa digna del hijo de los soldados de la Cruz.

El Duque Juan se embarcó para América en el mismo buque que su amigo M. de Lafayette.

Aquí contenia el manuscrito una especie de resumen de la guerra de la independencia. Las hazañas mas notables llevadas á cabo por el Duque Juan estaban enumeradas de una manera tan concisa como comprensible. Washington le habia distinguido y condecorado: á pesar de ocupar en el ejército, en atencion á su juventud, un puesto inferior al que tenia en Francia, aunque no menos importante sin embargo, el nombre del coronel Juan quedo glorioso en la memoria de todos sus compañeros de armas al lado del nombre de Lafayette.

Juan de Maillepré, como todos los corazones lacerados, se arrojaba en medio de los peligros con ese valor temerario hasta el exceso con esa audacia desesperada que no constituye, segun dicen, la virtud mas relevante de un gran capitán, pero que electriza á los soldados, porque produce siempre los resulta-

dos mas prodigiosos. Alli donde el peligro era mayor, el Duque Juan se precipitaba el primero; corria sin duda alguna tras de la muerte, la buscaba con afan; pero la muerte huia de él.

Veíasele siempre, dejando á retaguardia á los mas valerosos, arrojarse en medio de esas humaredas que ocultan siempre un peligro seguro: se le perdía de vista: acudían sus soldados y le encontraban sin una herida rodeado de cadáveres junto a un cañon conquistado ó un reducto abandonado por el enemigo.

Aquello no podía verificarse sin un milagro... Muchos creían al Duque Juan invulnerable...

Este no reparaba siquiera en el prestigio que le rodeaba por todas partes. Combatía arrastrado por un furor misterioso. Hería venecia y se alejaba meditabundo y triste despues de la victoria...

Se hubiera dicho que su mente estaba perdida en un mar de vagas tinieblas. Era triste de ordinario hasta el extremo de helar el corazon de los que le rodeaban; pero á veces, de improviso, y sin causa conocida, reemplazaba su tristeza por los arranques de una loca

alegría. Y entonces reía y cantaba...

No se le podía tratar de loco, siendo como era el mejor oficial del ejército.

t Todos sus compañeros se perdían en conjeturas. Ninguno sabía el secreto de aquellas caprichosas inconsecuencias.

El secreto del duque Juan era aquella herida profunda, incurable, que le había abierto en el corazón su amor desconocido y mal pagado. La ausencia había inflamado aquella pasión, lejos de extinguirla. El Duque amaba á Berta más que el primer día.

Nada había que alcanzase á distraerle de aquel amargo recuerdo. Veía á Berta con los ojos de su deseo: la imaginaba bondadosa, dulce, pura... tan pura como bella.

Y solo se culpaba á sí mismo de su desgracia, porque no había sabido hacerse amar. Jamás le ocurría la idea de acusar á Berta, á quien respetaba como á una santa.

Acusarla!... Pero al mismo tiempo encontraba pena y consuelo en tan tristes memorias. En medio de su profunda tristeza, si algún latido de esperanza agitaba su corazón, era solo cuando la imagen de Berta sonreía en su imaginación y él murmuraba con un sus-

piro. Tal vez me amará algún día...

Ya se sabe que en Francia todo esta siempre bajo el dominio de la moda. Unos se contentan con seguir á esta dama caprichosa; otros la dejan atrás. De tiempo en tiempo llegaba al campo algún caballero deseoso de darse también por su parte el barniz de salvador de un pueblo.

Estos recién llegados eran recibidos, como puede creerse, con las mas expresivas muestras de alegría. Durante quince días por lo menos hacian el oficio de gacetas. Todos los militares de la expedición estaban desearos de saber lo que se decia, lo que se hacia, lo que se pensaba en Paris, no solamente acerca de los asuntos políticos, sino también en todo lo tocante á los pequeños acontecimientos de las familias, á las crónicas de la murmuración, á los escándalos de la vida privada.

En aquel tiempo no habia periódicos como ahora; no existian esos enormes paralelogramos que se llenan con un poco de verdad y un muchísimo de mentira, y en los que cada semana un prójimo, digno por cierto de mejor fortuna, se ve en la horrible precision de decir á los suscritores en un folleto de cuatro-

cientas líneas: «Todo Paris está á los baños.. Todo Paris ha vuelto de los baños... Madama la Marquesa de N... ha abandonado á su marido escapándose con un bailarín húngaro... La polka ha nacido... La polka ha muerto...» con otro sin número de cataclismos de la misma importancia.

Durante el reinado de Luis XVI, eran todavía los peluqueros los que tenían únicamente su registro de sandeces y simplezas; y verdaderamente los peluqueros podían alegar al menos la disculpa de ser utilísimos á aquella sociedad con sus tenacillas.

Así, pues, los rumores escandalosos del mundo elegante estaban generalmente inéditos. No vacilaremos en asegurar que esta sola circunstancia les daba un interés picante de que ahora carecen.

En el mismo Paris parece que hay siempre un hambre canina de historietas nuevas. Juzgad lo que debía suceder en América!...

Llegó, pues, de Francia cierto día un joven caballero con sendas ganas de combatir. La guerra estaba ya terminada ó poco menos. M. Lafayette iba á dar la vuelta á Paris.

Todos rodearon al joven caballero recién

venido. Se le pidieron noticias de todos los escándalos de la gran capital... no deseaba él otra cosa.

No es esta clase de hombres, gracias á Dios lo que mas escasea...

Puso de ropa de pascua á condesas y marquesas, con grande satisfaccion de su auditorio. Hizo el catálogo de todos los maridos desventurados, lo cual tuvo un éxito el mas li-songerero del mundo.

Entre todas sus historietas habia una muy corta: era la de la joven Duquesa de Maille-pré que, por gracia especial, habia regalado al mundo un hermoso muchacho mofletudo, dos años despues de la partida de M. el Du-que, su marido.

El gentil-hombre que referia todo esto era Mr. el caballero de Ryonne. Jamás se le vol-vió á ver en Paris, porque un dia relató su cuento delante del Duque Juan, que le escon-dió su espada en el corazon. . . . .

Habia entonces en Boston un attorney lla-mado Williams Western, cuya familia, origi-naria del canton de Kent, tenia en Inglaterra el nombre de Lidderdale... el no vivió con

Estos Western de Lidderdale son, al decir de la memoria de M. Williams, una familia muy considerable cuyo jefe actual el Vizconde Powis se cuenta en la cámara de los lores.

Ya se sabe que los americanos conservan con el mayor cuidado sus pruebas genealógicas, haciendo alarde de su nobleza. Esta es una pobre flaqueza si se atiende a su posición de demócratas.

M. Williams Western era un hombre bastante joven todavía, que gozaba de una honrada mediana y que era ya padre de familia. El Duque Juan había encontrado en su casa una hospitalidad discreta y comedida, mas dulce al desgraciado que sufre, que esa oficialidad diligente cuyo ruido y confusión fatigan y rechazan.

A poco tiempo los dos amigos se hallaban ya estrechamente unidos. El Duque Juan era como de la casa. El hijo mayor de M. Williams Western, el joven Jaime, le amaba con el cariño que á su padre, tanta complacencia y ternura había mostrado hacia su persona el noble francés.

Aquel vínculo de amistad debia estrecharse mas todavía en lo sucesivo...

Cuando la guerra de la Independencia quedó completamente terminada, cuando Washington, Adams y los otros caudillos de la insurrección victoriosa hubieron constituido y regularizado el gobierno nacional. Lafayette volvió á Francia trayendo consigo á Franklin que debía ser el lion de Paris por espacio de algunos meses.

Juan de Maillepré no les siguió en este viage.

Qué hubiera podido hacerse él en Francia? Había recibido noticias de su muger y de su hijo por vías estrañas. Berta no le había escrito jamás una sola linea...

Y entre aquellas noticias que habian llegado á él así como por casualidad, existia una que hablaba de crimen y de deshonor!...

Juan de Maillepré quedose en la casa de M. Western. Estaba triste, sombrío y como absorbido en su misma desesperacion. Ya no había guerra, ya no había peligros que distrajesen su dolor. Vivía solo consigo mismo, y en algunos momentos su razon parecia vacilar bajo el peso del sufrimiento.

Oh! amaba mucho á aquella muger, y la herida de su corazon era profunda y dolo-

rosah. *La única persona á quien él recibía con gusto en su habitación era el joven Jaime Western. Jaime le recordaba sin cesar á su hijo Raoul á quien había dejado en Francia. Los dos hablaban con frecuencia de aquel niño querido, porque Jaime tenía ya cerca de diez años, y comprendía y sentía.*

Había adivinado la amargura profunda de aquel pesar; había adivinado también la delicadeza caballerosa de aquel culto cuya fé tierna y pura no se había debilitado por ningún acontecimiento.

Porque M. el Duque de Maillepré creía aún á pesar de todo, en la virtud de Berta. A su modo de ver había dado muerte á un infame calumniador.

Éra en 1790. La América había escuchado ya los ecos de la revolución francesa. En todo Boston nadie acaso más que Juan de Maillepré pudo ignorar los grandes sucesos que habían tenido lugar al otro lado de los mares. Un día recibió una carta fechada en Francia.

Su alegría rayó en delirio. Al verle, todos derramaron lágrimas.

—Besó aquella carta con los mas vivos trans-

portes de reconocimiento y de júbilo. Aquella carta era de su mujer, que le anunciaba su arribo y el de su hijo.

Su alma resucitó, si así puede decirse. El día anterior estaba insensible á todo: desde aquel momento todo le conmovia y regocijaba.

Quería que todos tomaran parte en su felicidad. Iba de aquí para allá anunciando á cuantos conocia sus dulces esperanzas. El porvenir sonreía delante de sus ojos: por la primera vez veía su vida despojada del sombrío velo de amargura que la habia enlutado tanto tiempo.

Madama Western habia dado á luz una niña pocos días antes. El Duque Juan fué á sentarse al lado de su cuna, y contempló con emocion aquél ángel dormido. Despues la tomó entre sus brazos. Y al mirarla cariñosamente, reía y lloraba.

—Tú seras su esposa, Luisa, dijo tiernamente; tú serás la esposa de mi hijo Raul... Yo os saludo, Marquesita de Maillepré...

Pasarónse algunos meses, bien dichosos por cierto. La espectacion solo es dura para aquellos cuya vida se resbala tranquila, y para quienes se convierte en sufrimiento... Pero

cuan dulce es siempre para el desventurado que nada esperaba ya!...

Para este, la inquietud es un bien. Su alma embotada goza al apercibirse de que siente de nuevo, de que teme y espera.

El Duque Juan era muy joven todavía. El porvenir podía abrirse aun muy brillante á sus ojos.

Y que dulces proyectos formaba para el porvenir!.. Cuántos castillos edificó en el aire durante aquellos dias de espectacion!..

Madama la Duquesa arribó en fin. Era una muger hermosísima, de aire frio y altanero.

Dió á besar su mano al Duque Juan, y despues le dijo:

—Caballero, los hombres que han brotado de la nada, son al presente los absolutos señores de la Francia. El rey Luis XIV es un villano coronado; alrededor del cual se agrupan algunos pobres de espíritu, como vos y vuestro marqués de Lafayette... Coblenz no está bastante lejos de Paris; yo he pasado los mares por no escuchar en torno de mis oídos los nombres de esos patanes que quieren convertirse en grandes señores.

—Bendita sea esta resolucion, supuesto que ella es quien nos reúne!... quiso responder el Duque.

Berta fijó sobre él una mirada de asombro gracial.

Despues, sin añadir una palabra mas, dirigióse lentamente á su habitacion.

Era esta un pequeño templo que el Duque Juan se habia gozado en preparar con un cuidado propio de su tierno y profundo amor. M. y Madama Western, que le profesaban un cariño sincero, le habian ayudado en aquella tarea; y se hubiera podido recorrer todo Boston sin encontrar nada comparable á aquella reunion refinada de graciosa magnificencia.

Berta no mostró apercibirse de nada.

El Duque pasó todo aquel dia ocupado en mirar, en besar, en adornar á su hijo Raoul.

Pero habia una cosa que disipaba su felicidad: el semblante duro y enemigo de la Duquesa le seguia por todas partes.

El no se atrevia casi á esperar ya mas.

Al dia siguiente, Berta le hizo llamar á su habitacion.

Estaba vestida de negro, y tenia en la mano una caja de oro, en cuya tapa aparecian

esmaltadas las armas de Maillepré.

El Duque quiso hablar: ella le impuso silencio con un gesto imperioso y frío, y permaneció largo espacio inmóvil y erguida en su sillón, delante de su marido que se mantenía de pie.

Al cabo de algunos minutos, abrió su caja de oro y tomó unos granos de tabaco de España, que aspiró lentamente, dejando su caja abierta con cierta especie de afectación.

En el interior de la tapa había una miniatura. El Duque no pudo distinguir las facciones de aquel retrato.

Berta le miraba de frente: en sus ojos se reflejaba la dureza y la maldad.

Pero estaba admirablemente hermosa.

—Caballero, dijo al fin en voz baja y tono breve, es cierto que habeis dado muerte en un duelo á M. el caballero de Ryonne?

—Os calumniaba, señora, respondió el Duque; yo no hice mas que cumplir con mi deber...

—Vos le habeis dado muerte! repitió Berta, cuyos párpados se estremecieron visiblemente.

Apoyó su cabeza entre las manos: su ros-

tro estaba pálido como el de una estatua.

Después levantóse de improviso con un movimiento brusco y colérico.

Y colocó la caja de oro abierta junto á los ojos de su marido que lanzó un grito penetrante, poniéndose también pálido á su vez.

La miniatura que habia en el interior de la tapa era el retrato de M. el caballero Ryonne.

—No he venido por vos, caballero!... no he venido por vos!... repuso ella con el mismo espantoso de una muger sin corazón, he venido por él!... solo por él!... Os prohibo volver á presentaros delante de mis ojos!

La memoria de M. Williams echaba aquí una ojeada atrás para tratar detenidamente un hecho capital.

Madama la Duquesa de Maillepré habia sido la dama de M. el caballero Ryonne, que la habia amado un dia, cansándose después de ella.

Madama la Duquesa habia sentido hacia el caballero Ryonne alguna cosa parecida, aunque de lejos, al amor: un capricho, una de esas pasiones incomprensibles, cuyo origen no está ni en los sentidos ni en el corazón.

Las pasiones que una muger ociosa y fria sueña para matar el hastio, se estinguen, como nadie ignora, al cabo de pocos dias. Esto sucede cuando ella corta por medio y se fastidia la primera.

Pero si el amante por casualidad se cansa el primero, entonces estas pasiones resisten y se inflaman obstinadamente. Entonces se convierten en un ardiente despecho; esta es la pertinacia del amor propio humillado y embravecido; es en fin cosa enteramente diversa de la ternura.. pero existe acaso en la muger algun sentimiento que no sepa revestirse de todas las formas del amor?..

Madama la Duquesa habia encontrado en sus hermosos ojos, virgenes hasta entonces para el llanto, lágrimas copiosas que consagrar á la inconstancia del caballero Ryonne...

Y como este huia y se alejaba de ella, ella se precipitó siguiéndole en su fuga.

Del mismo modo que ella hubiera huído probablemente de él el dia menos pensado, si M. el caballero Ryonne hubiese dado en la mania de representar el papel de amante leal.

El caballero aprovechó aquella ocasion para hacerse hombre de moda. Cruzó los mares para librarse de su Ariadna. Esto era magnifico y encantador indudablemente.

Pero el caballero Ryonne no volvió.

Madama la Duquesa fué madre.

Puede una muger hacer alarde de su cinismo en presencia de un esposo, convertido en esclavo, y temer sin embargo la opinion del mundo. Berta no se atrevió á conservar en su casa el fruto infame de su adulterio. Hé aqui la suerte que cupo á aquel niño.

Habia en Paris un pobre caballero, deudo lejano de Maillepré, que se llamaba M. de Compans. Este M. de Compans y su muger, que casi tocaban ya en la ancianidad, no habian tenido sucesion. Berta entabló con ellos cierto contrato que aseguraba á su hijo una familia.

El adulterio lleva casi siempre en si mismo su maldicion y su pena. Es un crimen cuyo castigo comienza desde el principio del mundo, y cuando se trata de sus funestos resultados, la imaginacion mas ardiente y atrevida no puede pasar mas alla de la triste realidad.

Aquel niño, escondido en el fondo de una

morada oscura, debia crecer y hacerse hombre para convertirse algun dia en dueño de todo lo que llevaba el nombre de Maillepré.

Aquel niño estaba destinado á hundir bajo su peso á toda una familia noble y poderosa.

Nosotros le conocemos ya. Se llamó mas tarde M. el Duque de Compans-Maillepré...



#### IV.

#### Corazon de nieve.

**C**ontinuaremos examinando la memoria de M. Willams.

El Duque Juan estaba herido en el fondo del corazon. La impudente confesion de madama de Maillepré le habia destrozado enteramente. En algunos dias envejeció veinte años.

Era una naturaleza valerosa hasta el estre

mo, pero vulnerable tambien, escesivamente vulnerable en lo tocante a su amor, á ese amor en que habia fundado todas sus esperanzas de felicidad. Al hallarse frente á frente con aquella muger que era su Dios, las fuerzas le abandonaban completamente.

Williams Western y su familia observaban en él un cambio funesto. Encerróse enteramente en su habitacion y su boca enmudeció del todo.

Solo los niños Jaime y Raul de Maillepré entraban allí.

Y Jaime Western recuerda que el Duque Juan, absorto con frecuencia en sus meditaciones, humedecía con sus lágrimas un retrato.

Era el retrato de Berta.

Esta, llevando su fria audacia hasta el último estremo, se habia vestido de luto riguroso desde el dia en que su marido la habia confirmado la noticia de la muerte de M. el caballero Ryonre.

Aquella muger habia traído la tristeza y la desolacion á la casa de Western. No salia jamás de su habitacion, pero todos sentian la influencia de su altivez helada...

Pasaronse muchos años. Raoul crecia. Era un noble niño que hubiera liecho el consuelo de su padre, si su padre hubiese podido consolarse.

El Duque Juan no tenia relaciones de ningun género con Francia. Su muger recibia de tiempo en tiempo algunas cartas de Paris. Las quemaba inmediatamente despues de leidas.

Como à principio del año 1794, el Duque Juan rogó à Williams Western que solicitase para él una entrevista con madama la Duquesa.

Hacia algun tiempo que el Duque se mostraba mas inquieto que de ordinario. Una violenta fiebre habia reemplazado à la apatia fatigada de su desesperacion. Hablaba mucho y sus palabras, confusas è incoherentes, anunciaban al parecer una perturbacion mental.

Williams Western demandó à Berta la entrevista. Berta rehusó.

Era entonces una muger de treinta y cinco años.

Los que la habian visto à su llegada à América, hubieran podido reconocerla con di-

fielntad á pesar de los pocos años trascurridos desde aquella época. Se hubiera dicho que la mano de Dios pesaba sobre ella. Sus facciones no habian cambiado, pero se echaba de ver en su semblante cierto aire de inmovilidad taciturna y fria. Aquella hermosura, que conservaba siempre su esquisita perfeccion, causaba espanto y helaba el corazon. Berta parecia la sombra de si misma.

La familia Western temia las raras ocasiones en que por el bien parecer se hallaba obligada á verla. Western que comenzaba ya á ser un hombre se estremecia solo á su aspecto. La niña Lusa siempre que la miraba se ponía pálida de miedo.

Nadie habia penetrado su secreto; pero habia una nube de misterioso terror en torno de aquel espectro frio, en cuyo pecho no se encerraba un corazon.

Dicese que en las diafanas tinieblas de las noches polares, cuando la aurora boreal embala quece el cielo, el viagero extraviado ve desaparecer entre la parda alborada grandes fantasmas mudas, que ajitan al viento sus ropages desprendidos. Y las mira deslizarse sobre la nieve que cubre el suelo como una al-

sombra destumbrante, agitando lentamente los flojos pliegues de sus velos blancos y deslucidos como sudarios. Y pasan ligeras por delante de sus ojos.

El viagero siente entonces como muerto su corazón. Sus pies se vuelven pesados como plomo y un sudor frío hace estremecer sus sienes que zumban sordamente.

Y al fin vacila y cae sobre el camino helado... Cierra los ojos sin tener tiempo para murmurar una plegaria, y duerme su último sueño...

Al día siguiente se encuentra en medio del sendero un cadáver endurecido.

Solo la presencia fantástica de aquellas sombras, hijas de la muerte, ha asesinado al pobre viagero.

Un poeta del norte hubiera comparado á la Duquesa con estos demonios de la mitología septentrional.

Solo al verla, el pulso latía con menos fuerza, y el alma se oprimía como ahogada de terror.

Pero el Duque Juan la amaba. Su adoración hacia ella no tenía fin ni tregua. La veía siempre á través de la magia seductora de sus

recuerdos de Francia.

Cuando Williams Western le comunicó la respuesta negativa de la Duquesa, M. de Maillepré derramó lágrimas. Aquel corazón enérgico y valeroso se hallaba domado, vencido, subyugado enteramente por el amor... Ya no tenía ni arrogancia ni valor.

El Duque Juan lloró como un niño. Después salió de su habitación y fué á llamar á la puerta de su muger, á quien no se había atrevido á acercarse hacia ya muchos años.

Largo tiempo tardaron en abrirle. El Duque se hincó de rodillas por fuera del umbral.

Aquella fué escena desgarradora y vergonzosa, cuyo recuerdo entristece todavía profundamente al hombre que fué testigo de ella.

Jaime Western había abierto la puerta de su habitación al sentir los sollozos del Duque Juan de Maillepré. Su habitación estaba situada en el mismo corredor que la de Berta. Pudo verlo y oírlo todo.

Al cabo de algunos minutos la Duquesa abrió por sí misma la puerta y quedóse de pie en el umbral, inmóvil y erguida.

—Señora!... señora!... murmuro el Duque Juan con voz entrecortado; tened piedad de

La Duquesa le dirigió una mirada de amor-  
go desprecio.

M. de Maillepré se atrevió todavía á levan-  
tar los ojos hasta ella.

—Tened piedad de mí! replicó; sufro mu-  
cho!... sufro horriblemente!... Berta! oh! yo  
os lo juro, he maldecido mi mano y mi espa-  
da!... Yo me arrepiento de haberle muerto,  
porque vos le amábais.

Estas palabras debían despedazar su alma,  
debían abrasar sus labios al salir.

Berta mostró una sonrisa cruel.

—Yo no lo sabía! repuso aun M. de Maille-  
pré; yo esperaba... Oh! que no me diese él á  
mí la muerte, señora, para que vos hubierais  
sido feliz!...

Jaime Western escuchaba todo esto, y te-  
nia la frente enrojecida.

Porque el espectáculo del varón fuerte sub-  
yugado por la pasión, azotado por el látigo  
del amor, indigna y produce vergüenza...

Pero aquella muger, aquella muger!... Oh!  
Jaime Western contempló largo espacio, co-  
mo si soñara, la línea impassible de sus labios  
descoloridos, y su mirada, aquella mirada im-

placable que pesaba sobre el Duque Juan como una sentencia de muerte!...

Este continuó en sus lastimosas súplicas.

— Berta, oh! Berta! decia el infeliz; si vos pudiérais ver como pasan mis noches entre copiosas lágrimas, tendríais compasion de mi. Tiempo hace ya... mucho tiempo que dura mi castigo, señora.. Vedme de rodillas; vedme suplicandoos... tened piedad!...

Oyóse entonces un ruido seco y rechinar: era que madama de Maillepré se reia por la primera y por la última vez en la casa de Williams Western.

El Duque exhaló un gemido y cubrióse el rostro con las manos.

Berta habia cesado de reir. Volvió la espalda para alejarse...

Entonces Juan de Maillepré, haciendo un último esfuerzo, se arrastró de rodillas extendiendo hacia ella sus manos suplicantes. Tocó el vestido de seda de Berta...

Esta se separó; miróle, y le rechazó con el pié...

Después se cerró la puerta, dejando al umbral á Juan de Maillepré que se moría de angustia.

Jaime Western era muy joven. Pero aquel día penetró hasta donde puede Dios hacer llegar el sufrimiento de un hombre.

A la noche siguiente resonaron gritos y quejas en la habitación del Duque Juan. Quisieron entrar para socorrerle, pero la puerta estaba cerrada por dentro.

Por la mañana la habitación estaba desocupada.

Solo se encontró sobre la mesa un billete que contenia estas palabras:

«Williams Western, amigo mio, os dejo á mi muger, y á mi hijo. Respetad á mi muger, sed el padre de mi hijo.»

El Duque se habia llevado consigo sus armas.

Cuando Raul de Maillepré tuvo la edad de un hombre, amó con toda su alma á la hija de Williams Western.

La Duquesa, su madre, vivia cada vez mas retirada, entregándose con una especie de regularidad maquinal á las prácticas de la religion catolica.

A todas horas hojeaba libros de devocion. Pero escucha Dios acaso las oraciones de a-

quello que no se arrepienten jamas?

Un corazon nutrido de odios, ¿tiene acaso derecho de dirigirse al cielo?

La Duquesa veia á su hijo muy raras veces. Siempre le recibia con una indiferencia helada. No le amaba.

Raul, por el contrario, le prodigaba las muestras mas espresivas de un respeto idolatra. Parecia como si hubiese heredado la ciega ternura de su padre. Nada la rehusaba. Bien que siguiendo la antigua ley francesa, que era su regla, aunque él fuese la cabeza de la familia, la debia siempre una sumision sin limites.

Pidió el consentimiento de la Duquesa para ofrecer su mano á Luisa Western. La Duquesa se limitó á responder:

—Señor Marqués, no está en uso que los hombres como Maillepré den su nombre á la hija de un cualquiera... Pero si es ese vuestro desco, cumplidle; á mí importa poco.

Raul quiso decirle que Western era noble, y que sus primos estaban incriptos en la patria de Inglaterra.

La Duquesa le despidió de su presencia con un gesto displicente.,.

Williams Western habia cumplido escrupulosamente el último encargo de su infeliz amigo. Habia colmado de respetos á madama la Duquesa. Habia servido de padre á Raul.

Williams Western puso la mano de Raul sobre la mano de su hija que le amaba tiernamente.

Luisa era bella y bondadosa. Era una de esas nobles doncellas de la Union, en las que el elemento aristocratico de la antigua Inglaterra aparece como refrescado por una naturaleza enteramente nueva, y por ese vigor peculiar de los pueblos que se hallan en su infancia.

Raul deseaba con ansia gozar la felicidad que le proporcionaba la posesion de aquella niña virtuosa. Pero antes de ocuparse de su muger, tenia que cumplir un deber sagrado.

Habian pasado ya siete años desde la desaparicion del Duque.

Habia muerto tal vez?

Solo se habian podido recoger algunas noticias vagas y contradictorias, cuya discordancia aumentaba las dudas, lejos de dar la menor luz acerca de su paradero.

Raul parió. Jaime Western en aquel tiem-

po se hallaba postrado por una cruel enfermedad.

Sin esta circunstancia, Jaime hubiese acompañado á Raul, porque siempre conservaba del Duque Juan un religioso recuerdo.

Raul estuvo seis meses ausente. A su vuelta, la familia Western perdió todas sus esperanzas de encontrar al Duque Juan. Madama la Duquesa habia recibido el anuncio de la partida de su hijo sin manifestar la menor emocion: con la misma frialdad acogió su vuelta.

Entretanto, su hijo habia visitado las naciones del Norte y del Oeste. Habia visto los grandes lagos y atravesado esas estensas praderas, de las cuales no se vuelve con mucha frecuencia. Pero madama la Duquesa no amaba á su hijo.

Unicamente mostró una vaga sonrisa, al apercibirse de que volvía solo.

Después del matrimonio, la Duquesa dijo á Luisa Western.

—Mi señora nuera, de nada que érais habéis llegado á veros tan alta como la muger que mas, después de la Reina. Elevad la cabeza, hija mia, y sabed conduciros con la no-

ble arrogancia que cumple á una Maillepré..

Raul, Marqués de Maillepré, tuvo de Luisa cuatro hijos: Berta, Gaston, Carlota y Santa.

Aunque la salida de Francia del gefe de la familia fué motivada por un hecho que le excluia naturalmente de la lista de los emigrados, el nombre de Maillepré fué no obstante colocado en esta lista. En aquella época no se paraba nadie en semejantes menudencias, y cierto que seria preciso tener un espíritu muy pobre para reprochar por tan insignificante circunstancia á aquellos laboriosos ciudadanos que tenían tantas cabezas que cortar...

El Duque Juan habia partido de Francia por sostener la causa de la libertad; pero era Duque. Y, por otra parte, ¿qué tenia de comun la libertad con esos hombres de brazo sangriento y remangado que asilaban la guillotina?

Lo cierto es que el Duque Juan, tan generoso y liberal como era, hubiera retrocedido con horror ante el asesinato de Luis XVI.

Raul de Maillepré tenía otras ideas muy diferentes de las de su padre. Era opuesto, no solamente á los hombres de la revolucion, sino tambien á sus principios.

Acogió por lo tanto, con júbilo la noticia de los sucesos de 1815. A no haber sido por el embarazo de su muger que iba á dar á luz á Santa la mas jóven de sus hijas, Raoul hubiera partido en aquella época para Francia.

Su viage, sin embargo, solo se retardó por algun tiempo. Hacia fines de 1819 los Maillepré abandonaron la América. El Marqués Raul traía consigo todos sus papeles de familia, parte de los cuales habian estado en poder del Duque, y parte en la cartera de la Duquesa. Raoul de Maillepré dejó solamente en Boston la copia de los documentos que le habian sido necesarios para contraer matrimonio, y que determinaban su estado civil.

Raoul de Maillepré traía ademas consigo el dote de su muger, que componia una suma de dinero muy considerable, porque la casa de Williams Western habia prosperado.

Luisa abrazó llorando á su anciano padre, á su madre, y á Jaime su hermano. El destierro de los Maillepré terminaba en donde daba principio el destierro de la pobre Luisa. Durante un año ó algo mas, los Western no recibieron ninguna noticia de los viajeros,

Su inquietud fué grande, porque hacia ya largo tiempo que las dos familias no componian mas que una sola, y á pesar de la influencia repulsiva de madama la Duquesa, los hijos de Maillepré formaban las delicias de toda la casa de Western.

Jaime, sobre todo, estuvo muy triste.

Jaime causó despues á los Maillepré un mal acaso irreparable. Su natural distraido y fácil de seducir, le estravió una vez hasta el fondo de un precipicio...

Pero podia decirse tambien que una gran parte de su vida habia sido consagrada á los Maillepré..

Como seis meses despues de la partida del Marqués Raoul, algunos azadoneros del Oeste esparcieron vagas indicaciones que podian ser relativas al Duque Juan. Se hablaba de un blanco de alta estatura que habia vivido solo por espacio de muchos años en las riberas de Mohawk, el cual estaba loco.

Aquel hombre despues de vagar errante por aquellos contornos comenzados á desmontar, vivia hacia ya largo tiempo con los Cherokees.

Jaime Western no vacilaba jamas al tratarse de una valerosa resolución. Era entonces

un hombre en la fuerza de sus años, valiente y capaz de soportar las mayores fatigas. Desgraciadamente su carácter lento y curioso le distraía con frecuencia del objeto principal que se proponía.

Tomó, pues, una carabina y montó á caballo.

Muy pronto encontró, al dirigir su curso hacia el Nord-oeste, las primeras huellas del Duque Juan, que habia tenido realmente la vida de un salvaje en las estensas riberas de Mohawk.

Allí se acordaban todavía de él: le llamaban el loco.

Desde aquellos lugares, habia pasado por el territorio de las cinco naciones iroquesas para detenerse después en las orillas del lago Erié.

Vivia de la caza. No se acercaba jamás á ningún hombre.

Jaime Western, á fuerza de investigar y de informarse, supo también que se habia vuelto hacia el Norte, después de permanecer algún tiempo en las cercanías del lago.

Western siguió estas nuevas huellas. Los Hurones habian visto al hombre de rostro

blanco, visitado por el Grande Espiritu (el loco). Este, no habia hecho mas que pasar por medio de ellos, dirigiéndose hacia el Ohio.

Western hizo volver á su caballo en direccion hacia el Ohio; atravesó las montañas y arribó por los confines de la Georgia al territorio de los Cherochos.

Allí encontró algunos ancianos sentados sobre las cenizas de una gran poblacion incendiada.

Estos ancianos le dijeron que los colonos de la Georgia y de Tenessee habian vencido á su pueblo, y que ellos se habian quedado allí solos á morir sobre los huesos de sus padres.

Dijeronle tambien que los jovenes guerreros de la tribu habian huido con algunos gefes, llevando consigo las mugeres y los niños, en busca de otra nueva patria en el Norte.

Y cuando Western les interrogó acerca del Duque Juan, tardaron mucho tiempo en comprenderle; pero al fin uno de los ancianos dijo:

—Oguah es un gran jefe.

Y los otros repitieron moviendo sus cabezas rasas, sobre las que se elevaba un mechón de cabellos blancos:

—Oguah es un gran jefe!

Western se apeó del caballo, y fué á sentarse en medio de ellos.

El primero de entre aquellos ancianos respondió:

—Yo soy Outareh, hijo de Uncas... Mi sobrenombre es el Hacha-Cortante... Los que dicen que Oguah es hijo de un blanco, son unos embusteros.

—Yo soy Amiz, hijo de Doon, dijo otro anciano; mi sobrenombre es el Buitre... Oguah es un Sagamoro!.... Su cabeza da vueltas al soplo del Grande Espíritu..... La sangre de Oguah es roja.

Los demás ancianos hablaron también. Western comprendió, á través del énfasis misterioso de su lenguaje, que el Duque Juan bajo el nombre de Oguah, era el jefe de la tribu emigrada.

Volvió á montar en su caballo. Los ancianos se quedaron acurrucados sobre las cenizas de su ciudad, aguardando la muerte junto á los huesos de sus padres...

La pista de una tribu salvaje no es por cierto muy fácil de seguir. El espíritu de astucia, que es la principal preocupación del hombre

en el estado natural. multiplica las precauciones á su paso. Estas precauciones se reducen á marchas simuladas, rodeos, huellas confundidas, etc.

El ciervo mismo no puede compararse con una piel-roja, que podria dar lecciones á la raposa.

Sin embargo, esto no impide, que muchos honrados filósofos pasen su vida confeccionando soporíferas elegias sobre la franqueza y otras virtudes de los salvajes. Aquellos excelentes ciudadanos, que siempre tienen las lágrimas en los ojos, rehusarian un sueldo al pobre desfallecido por el hambre; pero en cambio se enternecerian á vista de los canibales. Deles su amparo San Juan Jacobo!

Western no era un hombre apropiado para empresas de aquella especie. Educado entre los negocios, y rodeado desde la infancia por una atmosfera de proyectos industriales, vióse desde luego detenido en su marcha por el espectáculo de la civilizacion atrafagada, en pugna con la inercia obstinada de la naturaleza. Aquellos desmontes gigantescos del atrevido colono contra la poderosa resistencia de un suelo virgen, todo esto le suspendia

y le hacia volver sus ojos á otro lado, distra-yéndole completamente de su objeto principal.

Todas aquellas cosas eran para él como el hueso que una mano imprudente arro-jara á lo largo del camino á un sabueso vagabundo...

Mas tarde, y en una circunstancia mas grave todavia, debia pararse aun en su marcha, retrasarse algunas horas para abrigar despues un eterno remordimiento.

Caminó largo tiempo en direccion al Oeste, y atravesó el Mississipi en la estacion de las lluvias. La inmensa praderia se prolongaba delante de sus ojos. Su viaje se encaminaba al Norte; porque era probable que los Cherokees hubiesen buscado un refugio á la parte de los grandes lagos que confinan con las Canarias.

Western seguia en su empresa, sin desanimarse por ningun obstáculo. Estraviabase algunas veces, y tenia otras que defender su vida contra los caballeros Sioux ó Pawnees; sin dejar de encontrar tambien de cuando en cuando alguna tribu hospitalaria que la conducia al camino, al encontrarse es-

traviado.

Una noche se internó en una pradería abrasada, vasta llanura destruida por el incendio, y cuyas cenizas elevaba en densos turbiones en el viento que soplaba con violencia. En el centro de aquella pradería, veíanse esparcidos en desórden, y como á la ventura, algunos objetos blancos, á los cuales solo presentaba formas indecisas y vagas la luna oscurificada.

Jaime VWestern aproximose á aquel lugar.

Era un campo de batalla en el que yacian mezcladas y contundidas muchas osamentas de hombres y caballos.

Un anciano, uno de esos extraños personajes, cuyas fisonomías medio salvajes medio civilizadas tiene tanto gusto en trazar el pincel de Cooper, cocia tranquilamente su cena en un hoyo.

VWestern se sentó á su lado, y le dirigió algunas preguntas.

—Estas osamentas, le respondió el anciano, son de los Cherokos... Los Pawnies les atacaron á su paso hará un mes... y el fuego ha emblanquecido sus restos, como si hubieran

pasado dos siglos despues de su muerte.

—Yacen todos aqui? preguntó VWestern.

—Todos yacerian si no hubiera sido por su Sagamoro... un guerrero llamado Ognah que les ha abierto paso con su hacha..... Yo los he visto.... Ahora se hallan al otro lado del rio. . . . .

VWestern pasó de nuevo el Mississipi.

Cuando llegó à las orillas del lago Superior se hallaba ya sin fuerzas para pasar mas adelante.

Aquel era el término de su viaje. Allí encontró los últimos restos del pueblo de los Cherokos.

Habia como hasta cien hombres y algunas mugeres que reposaban sobre la dura tierra.

Los hombres tenian la cabeza entre las rodillas.

Las mugeres estaban cantando la pérdida de Oguah, el Sagamoro, que acababa de serles robado por los Chippeways, dueños entonces del pais.

Los Chippeways venden sus cautivos á los ingleses del Canadá por algunos frascos de

espíritu de vino.

Ognah bajaba ya sin duda en aquel momento hácia Quetée...

Western había llegado tarde... algunos días de anticipación le hubieran bastado para llegar á tiempo. Hirióse el pecho repetidas veces, recordando que había perdido algunos días en el camino.

Su viaje había sido de larga duración. Mas de medio año había transcurrido desde su salida de Boston.

Durante su ausencia, se habían recibido allí de Europa funestas noticias.

El navio que conducía á los Maillepré, había naufragado en las costas de Inglaterra.

Raoul había podido salvar á su familia, pero se hallaba en tierra extraña desprovisto de recursos y sin sus papeles.

Solo le quedaba una esperanza: la de poder entrar en Francia, y recobrar los bienes de Maillepré. . . . .

. . . . . , . . .

El manuscrito de M. Williams, que nosotros hemos traducido á nuestra manera, pero que era realmente una memoria concisa, nu-

trida de sucesos y concebida en forma de demanda terminaba aquí.

M. Williams continuaba dictando á Toby. En su relacion se agrupaban los acontecimientos, referidos con estremada lucid-z. M. Williams daba muestras de conocer hasta los menores detalles de aquella parte de la historia de Maillepré.





V.

**Despues del casamiento.**

**V**ivimos en un siglo entusiasta por las artes. Todos los cartelones que tapizan nuestras esquinas son otros tantos cuadros al fresco, en los que un sin número de genios oscuros, abatidos por su misma abundancia, desplagan á menos precio los ricos colores de sus pinceles. Dirigid vuestras investigaciones por cual-

quiera parte. En todas os hallareis cara á cara con un ciudadano vestido de negro, que es el diablo, el cual con la canasta del trapero sobre la espalda, asesta su largo y satánico antejo á Paris, á ese Paris tal vez demasiado cruel con su pobre libro. O dareis á deshora con una muger feísima, la Francia, vestida con una piel de carnero, y tirando de la oreja á un ser escualido y enfermizo que personifica el pueblo de Paris, ó vereis un poco mas adelante á un chino monstruoso fumando un gigantesco cigarro en la ciudad de Paris.

Paris, París, Paris!...

Niño grandulon que gusta de ser manoseado sin cesar, que se rie y que paga, siempre que se le arroja á la faz una lisonja ó un insulto...

Mirad! sobre esas columnas de los Boulevares, que no han sido ciertamente inventadas por el pudor inglés, podeis contemplar á todas horas al presidario con su asqueroso traje, y la repugnante catadura del asesino de la Fuerza...

Tambien podeis admirar á todas horas los anuncios de un vaudeville ilustrado, cuyo autor, académico fecundo, haria todavía piezas

de mas relevante mérito si no ocupará todo su tiempo en confeccionar articulillos sueltos en su propio elogio.

Y los pintores se quejan amargamente, por mas que tengan sin embargo harto que hacer con cubrir los agujeros de Versailles!..

Hemos hablado asi acerca de artes, porque al dirigirnos á la morada del Leon Duchesnel, adonde nos conduce el hilo de nuestra historia, nos hemos encontrado, en el arrabal de Saint-Honoré, con una casa cuyo propietario habia hecho pintar un jardin en las paredes del patio.

Este jardin es magnifico, encantador... no se puede pedir otra cosa. Hay en él altas palmeras entre cuyo hellísimo follage brillan las plumas variadas de los pajaritos de los trópicos. Y es una delicia ver en aquel verjel incomparable un racimo de cocos, al mismo tiempo que los gestos de un mico suspendido por la cola de las ramas del árbol que produce aquellos frutos.

En el primer término se ven rosas tan esponjadas y turgentes como repollos, y tan encarnadas como el brazo de un cortador, un pavo real, un gallo, muchos papagallos, me-

lones, peras y un estanque llenito de agua en donde boga un ganso.

En un extremo de este jardín, aparece en lontananza un largo paseo de seis encinas perfectamente alineadas para formar la ilusión óptica. Por un extremo de ese paseo, cruza justamente un corzo seguido de un sin número de perros. Naturalmente hay también allí un cazador que apunta.... Porque sin esta circunstancia, para qué sirve el ciervo en aquel lugar?...

Todo esto es delicioso.. muy delicioso!. Con un patio semejante, puede reírse el propietario de esas pobres gentes que dan en la ridiculez de poseer una quinta.

Leon Duchesnel, después de su brusco matrimonio, cuyas circunstancias hemos referido en uno de los capítulos precedentes, había trasladado sus penates al otro lado del Sena, detrás de los Campos Eliseos, y á esa calle silenciosa y pacífica llamada de Montaigne, en la que el autor de los Ensayos querría seguramente habitar en nuestros días.

Tenia Duchesnel una casa de hermosa apariencia, cuyas traseras daban á esos vastos jardines que van á reunirse con el Coliseo.

Su habitacion, situada en el segundo piso, estaba adornada con gusto; pero brillaban en ella ciertas pretensiones de lujo que no estaban por cierto muy justificadas. A través de aquellos dorados y de aquellos cortinages de seda, se entrevia un si es no es de sujecion y de estrechez...

Duchesnel conservaba siempre su carruage y dos caballos magníficos ó poco menos. El número de sus deudas habia crecido considerablemente.

En el gran mundo, en donde apenas se encuentran precipicios ni cataratas, abundan mucho las zanjias vulgares y mezquinas. Duchesnel se hallaba sobre la pendiente que conduce á esas zanjias, de las que solamente se sale enlodado, avergonzado y limpio de dinero.

Duchesnel era un hombre de talento y resolucion. El sentimiento moral le faltaba completamente.... pero este es un mal inherente al siglo en que vivimos.

Todos vosotros, carisimos lectores, saludais de seguro en la calle á un sin número de personas como él; le apretais la mano entre las vuestras, y os dais por muy dichosos con que

los demas os vean en tan buenas relaciones con ellos... Estos señores son á todas luces sugetos honorables.

Insultadles una vez. Entonces, espada al canto, vive Dios!.... Ellos tienen tambien corazon á su manera. No carecen de nada, de nada absolutamente mas que de pundonor. Y aun esto es materia que admite discusion... Porque indudablemente tienen honor hasta cierto punto, y no hay nada en el mundo tan terrible en verdad como estos hombres, cuya alma perdida se oculta siempre bajo una apariencia de distincion y de delicadeza incomparables.

Lo que esta fuera de duda es que Duchesnel se hubiera elevado á mayor altura habiendo seguido una senda enteramente contraria: la senda del honor. Pero nunca podreis llegar á persuadir á ciertos ingenios sutiles y puntiagudos de que en el gran mundo, lo mismo que en todas partes, el camino mas corto es el mas derecho.

Ellos se empeñan en ir siempre por rodeos. La aplicacion y el trabajo les podrian conquistar una posicion independiente; la intriga les proporciona un estanquillo á su vejez.

Añádase á esto que todo lo que se llama trabajo es sosiego y reposo en comparación de los repugnantes afanes de la intriga...

Duchesnel tenía la categoría de secretario de embajada, título vago que comprende una media docena de pasos en la escala diplomática.

Esperaba Duchesnel hacia mucho tiempo una ocasión para elevarse. La ocasión sin embargo no se presentaba, ó bien había pasado por delante de su puerta y otro más hábil la había cogido por los cabellos.

Duchesnel comenzaba á recelar sobre su porvenir. Repasaba sin cesar todos los recursos que estaban á su alcance, pensando en tocar todas las cuerdas de su arco.

Su arco tenía tres cuerdas: Lea Verin, la Duquesa de Compans-Maillepré y Carlota.

La Duquesa había hecho ya todo cuanto había podido.

Lea Verin no quería gastar su crédito por nadie; su fin principal era asegurarse una renta razonable.

En cuanto á Carlota, era una niña cuya educación no estaba formada todavía. . . . .



Era cerca del medio día. Carlota acababa de despedir á su doncella, y estaba ocupada en dar á su tocado esa negligencia armoniosa y encantadora, que la mano de un extraño no es capaz de producir de ninguna manera.

Carlota era muy linda, muy encantadora. En su bello semblante se reflejaba un rasgo de la dulzura de Santa, mezclado con una expresión de audacia espiritual y viva. En otro tiempo, aquella mezcla indefinida y vaga daba á su semblante cierto aire de jovialidad despierta, de inquietud juguetona y curiosa. Pero algún viento de dolor habia pasado sobre todo esto, lanzando sobre aquellas facciones finas y picarescas una nube de melancolía.

No habia cumplido aun Carlota veinte años. Y hacia ya uno que estaba casada con el vizconde Leon Duchesnel.

Ya la hemos visto en otro tiempo contemplar envidiosa y pensativa los nobles carruages que rodaban sobre el empedrado del arrabal de San German. Mucha severidad seria precisa para juzgar con todo rigor aquellos primeros deseos de la adolescencia, vagos caprichos, sueños delirantes, en alas de los cuales el alma de las niñas se lanza á la ventura

tras de un fanal misterioso y desconocido. Debemos decir sin embargo que el carácter de Carlota la arrastraba irresistiblemente hacia todo lo que era lujo, elegancia, esplendor. Cualquiera brillo deslumbrante atraía sus miradas, y llenaba de quimeras su imaginación. Los adornos, los espléndidos festines, los placeres dorados!... Todo esto fascinaba aquel corazón virgen, que nada sabía, pero todo lo adivinaba por instinto. Se hubiera podido decir que había en su mente un recuerdo que, remontándose hasta mas allá de su cuna, la presentaba vivamente la grandeza y la gloria ya eclipsadas de su familia.

Carlota era audaz y resuelta. Su casamiento había tenido para ella todo el carácter de una aventura. Después del matrimonio ella había columbrado placeres, libertad, riquezas... Placeres, en lugar de su vida reposada y taciturna; libertad, en lugar de su prisión monótona y aborrecida; riquezas, en lugar de la miseria que desde su infancia había pesado sobre ella y sobre todos los seres que amaba! Porque Carlota amaba á Santa con todo su corazón; amaba también á Gaston, y sentía hacia la Duquesa viuda ese culto respetuoso que

residia, por decirlo así, en la sangre de los Maillepré.

Su repentina determinacion habia sido solo un arranque, hijo del aturdimiento, al cual no hubiera cedido seguramente otra razon mas reposada, pero en el que el corazon no habia tenido la menor parte.

Hay que tener ademas en cuenta una circunstancia que es por si sola una disculpa de su falta. Carlota no habia abrigado nunca el pensamiento de separarse de su familia. Ella ignoraba la cláusula propuesta por Duchesnel nada en el mundo hubiera podido obligarla á aceptar semejante cláusula.

Habia ido al altar con la dulce esperanza de cambiar de vida, sin renunciar por esto á las tiernas caricias de la familia, que no bastaban sin duda á colmar sus deseos petulantes, pero que no hubiera ella trocado definitivamente por ningun goce del mundo.

¿No era su marido vecino de su familia? Solo la anchura de la calle iba á separar en adelante la casa conyugal de la casa habitada por sus hermanos...

Pobre niña! Al dia siguiente de su matrimonio, el mismo carruage que tanto habia

anhelado poseer, la condujo á un barrio lejano, perdido, al cabo del mundo. Y cuando, por bajo de cuerda, hizo tomar, á pesar de las órdenes de su marido, informaciones de la casa de su hermano, la respondieron que aquella habitacion estaba vacante y dispuesta para alquilarse de nuevo.

Y en esta parte, Duchesnel habia logrado cuanto podia desear. Carlota estaba completamente aislada en adelante.

Parecia hallarse sobremanera interesado en esta circunstancia; porque apesar de manifestarse siempre un marido oficioso y amante de su muger, se mostró inflexible á sus ruegos y á sus lágrimas, en este solo punto.

El la decia:

—Querida niña, ya sabeis que yo os amo... Vuestro hermano y yo nos hemos arreglado ya.. El ha comprendido lo que vos no quereis comprender, y puedo aseguraros que no vaciló un momento en someterse al sacrificio de vuestra separacion.

Desde luego Carlota rechazó aquella indicacion mal intencionada; pero Duchesnel era hombre que sabia muy bien gobernar sus asuntos. Insistió vivamente en este particular

y lo hizo con tanta destreza que al fin consiguió despertar dudas en la mente de Carlota.

Esta enmudeció completamente. También ella abrigaba en el fondo de su alma, y á través de su carácter frívolo y caprichoso, un gérmen de indomable arrogancia.

Guardó aquella sospecha en lo mas íntimo de su corazón herido, queriendo todavía sofo-carla porque se dirigia contra su hermano. Pero consagró á este lo mismo que á Santa un recuerdo tan tierno como incesante. Dedicóles un rincón escondido de su memoria; dulce rincón en donde ella guardó todos los afectos de su infancia. Y el tierno recuerdo que consagró á estos afectos fué tanto mas vivo cuanto que se vió obligada á enmudecer, y a sumergirse dentro de si misma.

Leon Duchesnel era, cuando queria, un hombre amabilísimo... Su genio paradójico brotaba ideas atrevidas que seducían y asombraban. Carlota sintió hácia él, sino una pasión ardiente y profunda una deferencia marcada y sin límites.

Aquel afecto fué su único sosten en la vida. Porque todos los sueños dorados de su imagi-

nacion exaltada y novelesca se habian desvanecido como el humo. La pobre niña se vió castigada por donde habia pecado.

No vió ese mundo esplendente hácia el que se habian dirijido todos sus deseos. Los hermosos festines que ella habia adivinado tantas veces, los paseos al bosque de Bolonia, las competencias de elegancia y primor, el lujo, los carruages... todo, todo se habia disipado delante de sus ojos, nada poseia de aquel esplendor tan anhelado por su corazon ardiente.

Despues de su matrimonio solo encontró tristeza y soledad.... Soledad, tan cerca del ruido, y de la muchedumbre que goza; soledad y retiro al lado de los placeres tumultuosos del gran mundo... porque desde sus ventanas, y á través de los frondosos jardines que se extendian alrededor, siempre poblados por una concurrencia placentera y dichosa, Carlota alcanzaba á distinguir las avenidas de Marigny, cubiertas sin cesar por magnificos carruages, y una parte de los Campos Eliseos.

Ya hemos asistido á una conversacion literaria habida entre Leon Duchesnel y el doctor Josepin en los nobles salones de madama de

Ponlevau. Aquella conversacion nos ha debido explicar cumplidamente la causa del retiro de Carlota.

Duchessel era un *Dudley*, en menor escala. Amy Robsard era encantadora, y Elisabet, la Duquesa de Compans-Maillepré, tenia terribles accesos de celos.

De modo que este drama copiaba exactamente la elevada creacion de Walter Scott. Existia, pues, un hombre colocado entre su muger y su dama.

Y era su dama la que este hombre se veia precisado á ocultar.

Por lo demas, si Carlota no habia encontrado en su matrimonio lo que esperaba, el conde Leon Duchessel se hallaba no menos chasqueado por su parte.

Habia visto al otro lado de la calle un rostro despierto y picaresco, unos ojos de expresion atrevida y á veces romancesca y delirante; habia adivinado desde luego lo que querian decir aquellas continuas ojeadas dirigidas curiosamente hácia los lujosos carruages que pasaban al trote por la calle; habia interpretado aquellos accesos de melancolia...

No exajeramos, ciertamente. Nuestro di-

plomático habia observado á su vecina con el mayor afán, con la mayor minuciosidad, como hubiera podido hacerlo un poeta, ó un novelista intimo.

Pero aquellas observaciones no iban dirigidas á la jóven con el fin de escribir una e egia, ó de confeccionar una novela.

Duchesnel observaba con un designio muy diferente: sus inquisiciones, eran hijas de un proyecto muy serio, como dicen los profesores esos maestros charlatanes y vacios de nuestra hermosa juventud. Duchesnel tenia un fin... El ministerio acababa de cambiar. M. Esprit, bureócrata obtuso, habia conquistado solo al cabo de algunas semanas el puesto importante de la presidencia del gabinete.

M. Esprit no tenia dama.

Este era nn hombre feo, cuadrado, brutal, poltron, insípido, un hombre vulgar y despreciable en todos conceptos.

Habia logrado todos sus ascensos á fuerza de adulaciones serviles, de bajezas inmundas.

De modo que el mismo ministro habia ya olvidado sinceramente el tiempo en que M. Esprit daba betun á sus botas, a las botas del ministro.

Y este hombre que desde tal lugar se habia remontado hasta la silla ministerial no tenia dama... Qué puerta se abria al genio calculador de los cortesanos!...

Duchesnel sintió al punto la necesidad absoluta de tomar muger.

Y ciertamente que el palmito gracioso de la vecina de enfrente ofrecia mucho...

Aquellos deseos caprichosos que se leian claramente en la espresion de su rostro, anunciaban una educacion imperfecta. Algunas palabras convenientemente aderezadas, muchos adornos, lujo... todo esto era suficiente para que la cosa marchase en orden.

Duchesnel se habia dicho esto y muchas cosas mas: habia columbrado ya entre sueños una sonrisa agradable de M. Esprit.... Una mirada del ministro... Una mision... Cuántos castillos edificados en el aire! El buen diplomático se encontró á deshora con que aquel palmito despierto no significaba nada, mas que un gran fondo de jovialidad y viveza, y un poco de aturdimiento. Despues de efectuado su matrimonio, Duchesnel descubrió con espanto, á través de la frivolidad aparente de su muger, un corazon noble, leal, una alma

elevada, y un orgullo indomable, que echaba por tierra todas sus esperanzas.

Aquella habia sido una especulacion desgraciada.

Pero no desesperó sin embargo al primer golpe; firme en su propósito, atacó á la plaza rebelde por cuantos medios le sugeria su táctica prudente y hábil. Carlota no se apercibió siquiera de aquellas maniobras militares... Nada comprendió... tan lejos estaba ella de persuadirse...

Pero hé aqui el colmo de la desgracia!

Al verla tan encantadora y tan pura, Duchesnel se enamoró perdidamente de Carlota.

El pobre Duchesnel!... tenia tambien razon á su manera...

El que trataba de vencer aquella plaza, se encontró vencido como por sorpresa. Creyó jugar á golpe seguro, y aquella niña pobre, ambiciosa de lujo, aquella niña que soñaba con carruages y con adornos desde el fondo de su miseria, no le habia dejado siquiera ni aun la sombra de una duda ... Encontrar la virtud en medio de todo esto era una verdadera sorpresa.

Y ademas de esto, hacia tanto tiempo que

representaba el papel de Don Juan; tanto tiempo que utilizaba cada uno de sus suspiros!...

El amor útil le pesaba ya! Detestaba su oficio de *amante*, como un escritor sin inspiración debe detestar su pluma; como un presidiario detesta su trabajo.

Y, verdaderamente, no existe un artesano, por mas aplicado que sea, que no desee de vez en cuando algunos dias de vagancia. Duchesnel se dejó arrastrar por el deseo desordenado de amar á su muger.

Y sabe Dios que ninguno de sus amores culpables y vergonzosos, habia clavado tantas espinas en su corazon. Los ciudadanos como Duchesnel, no tienen siquiera el derecho de entregarse á honrados sentimientos. Esto es para ellos un lujo prohibido. Como tienen obligaciones y deberes que cumplir por otra parte, el matrimonio es á sus ojos un estado escepcional, una posicion violenta, soportable solo cuando no se cumple con ninguno de los deberes que trae consigo. Y ved ahí á un hombre que ha vendido, por una cruz ó por una medalla y que tiene sin embargo la desvergüenza que querer disponer de su personal...

Es tambien cierto que se han visto muchos de esos traficantes de ternura y amor deshacer con el pié á cada una de las mugeres que han ido sirviendo de escalón á su fortuna... Pero esto se ve solamente en los dramas de Boulevart.

En la vida real, esta clase de hombres lleva siempre consigo la pena de su industria. Son pusilánimes, se dejan dominar al fin, y llega un dia en que se ven sujetos á un yugo insoportable.

Algunas veces se revelan contra el instrumento de su elevacion, pero no le rompen, no le destruyen jamás. A no ser que se las hayan con alguna débil criatura fácil de aniquilar con un solo golpe.

Y no procede esto de una falta absoluta de energia. Entre estos dignísimos señores, hay algunos valientes hasta el extremo. Pero el hombre que especula con una muger, siempre es esclavo de esta muger; y si en la lucha cae alguno de los dos á los pies del otro, siempre le toca caer á él.

A él, que es altivo y orgulloso, á él que levantaria la tapa de los sesos al hombre que se atreviese á insultarle...

La Duquesa era muy celosa. Fué necesario desde luego, que el Vizconde Leon Duchesnel se guardase de inspirar sospechas á esta noble señora.

Entretanto, M. Esprit encontró una dama. Lea Verin, fué la que obtuvo aquella honrosa plaza, destinada á Carlota. Lea Verin era por lo menos tan fea como M. Esprit. Duchesnel quiso sacar tambien partido de aquella muger. Y no pudiendo ser el marido de la dama del bureócrata, dedicóse á ser su caballero, su escudero por mejor decir. Pero madama Verin era celosa tambien.

La Duquesa y la favorita del ministro, admirad este instinto mugeril! se sufrian perfectamente la una á la otra. La Duquesa encontraba á Lea Verin en extremo ridicula; Lea Verin sabia á punto fijo la edad de la Duquesa.

Entre ellas, Duchesnel se hallaba perfectamente colocado. Cada uno admitia la utilidad de su rival. Y ambas se hallaban en frente del secretario de embajada, en esa posicion tan cómica de *amante de corazon* de una loreta.

El amante de corazon admite siempre, como sabemos todos, la dura necesidad de un

protector, el cual protector se cree á su vez amante de corazon, y se rie en las barbas del rival que admite por su parte, tambien en calidad de protector.

Esta es la posicion mas comun. Describimos á una loreta que solo tiene dos amantes, sacrificando asi la verosimilitud a la claridad.

En general, es preciso contar cuatro amantes para cada una, y hay muger fuerte alrededor de la cual gravitan diez bombres á la vez, teniendo cada uno la certidumbre de ser el preterido hasta el punto de consagrar un desprecio comun á los otros nueve protectores, que á su turno le pagan en la misma moneda.

Ah! sí; el tunante de Duchesnel se burlaba de la duquesa, al hablar con Lea Verin y de Lea Verin al hablar con la duquesa. Gracias á esta diplomacia, las dos damas vivian en una paz completa y envidiable. Pero entrambas odiaban a competencia á la muger de Duchesnel, á su verdadera muger, á quien suponian y con harta razon, jóven y bonita. Era, pues, preciso, que Duchesnel tuviese á su muger oculta, para calmar á Lea Verin, para calmar á la Duquesa. Y ya se comprende por

esto que el buen Duchesnel no era un hombre desocupado.

Y á pesar de tantos trabajos, á pesar de tantas solicitudes, continuaba siendo siempre secretario de embajada.

Se hallaba Carlota sola con mucha frecuencia. Nunca salía con su marido. Si hubiera conocido mas el mundo, habria llegado á penetrar que Duchesnel, bigamo, tenia dos casas, y solo la consagraba una pequeña parte de su vida.

Aun estando tan inocente, tan ignorante de las cosas del mundo, Carlota hacia mil suposiciones, que si no tocaban, al menos andaban muy cerca de tocar en la realidad. Despues de esto, cuando ella estaba entregada mas de lleno á sus temores y á sus sospechas, Duchesnel no necesitaba mas que decirle una palabra para tranquilizarla completamente.

Sus entrevistas tenian todo el carácter de una conversacion de amantes, por que Duchesnel se escedia á si mismo en sus tiernas solicitudes, como queriendo disipar los disgustos que rodeaban su vida conyugal. Pero este afecto del diplomático, por mas que fuese vivo y casi profundo, no habia logrado ahogar en

él la idea de conducir su matrimonio al estado de una buena especulación.

Un mercader puede cometer la locura de comprar una magnífica quinta, un palacio de príncipe, y prodigar crecidas sumas por distinguirse como gran señor; pero siempre habrá vender en el mercado el escedente de los frutos de sus jardines y proveera de legumbres á sus vasallos.

El amor de Duchesnel era el lujo de un traficante.

Carlota no se habia apercibido de ello..

Aquel dia, el dia en que hemos introducido al lector en su camara, Duchesnel la habia prometido pasarle con ella todo entero. Esto era muy raro: Carlota se habia adornado como para un festin.

Tenia un gracioso vestido de cintura baja, cuyos pliegues ajustados señalaban los purísimos contornos de su pecho. Carlota parecia mas delgada, mas alta y sobre todo mas jóven de lo que era todavia. La viva presión de su talle, excluía toda d'jadez en sus actitudes, pero daba á cada uno de sus movimientos una gracia juvenil y resuelta.

En algunos momentos, cuando los desva-

rios de su imaginacion convertian en una dulce languidez aquella actitud de petulancia afectada, Carlota aparecia como iluminada por una aureola de hermosura casi ideal. Sus bellos ojos negros, tan encantadores cuando espresaban la alegria y el aturdimiento, se volvian mas encantadores todavia al reflejar un pensamiento profundo... Su frente juvenil parecia entonces como inclinada bajo el peso de una tierna meditacion. Carlota inspiraba amor, sí, amor. Quien no la hubiese amado con toda su alma al contemplar su semblante como dividido vagamente entre la jovialidad natural de su carácter y la espresion de gravedad pasajera que la daban sus reflexiones. Luego, de repente, su linda cabeza ajitaba la oscura madeja de sus brillantes cabellos. Un vislumbre de alegria iluminaba sus bellos ojos y todo parecia que se aclaraba en ella y á su alrededor...

Oh! madama la Duquesa y Lea Verin tenian harta razon para estar celosas!..

Duchessel tardaba ya. Carlota le aguardaba con impaciencia.

A través de las cortinas de la ventana, un pálido rayo del sol de otoño penetraba en la

habitacion, trazando un surco brillante entre los sombríos arabescos del tapiz.

Carlota estaba sentada muy cerca del balcon. Sus ojos, que seguian con cierta distraccion los carruages disparados al trote largo bajo los sombríos árboles de los Campos-Eliseos, se volvian alguna vez hácia una puerta cubierta por unas cortinas de seda que caian sobre la alfombra al otro lado de la chimenea.

Por alli sin duda debia venir Duchesnel.

Carlota fué mirando poco á poco con menos frecuencia al lado de la puerta, porque un dulce desvario se iba apoderando de ella, y su imaginacion se deslizaba entre aquel mundo brillante que se balancaba en nobles carruajes por las silenciosas avenidas de los paseos...

En su boca aparecia una sonrisa que expresaba su deseo triste y sombrío.

En aquella actitud, Carlota era una criatura bella y poética hasta el extremo. Su perfil correcto y fino solo se distinguia á través de los bucles de su cabellera. Su cabeza se inclinaba hácia adelante, descubriendo graciosamente la redondez encantadora de sus espaldas. Sus dos manos cruzadas sobre las rodillas

resaltaban blancas y menudas sobre la sed de su vestido.

Detrás de la puerta, sintióse á deshora un ligero ruido. Era como el murmullo de algunas voces que hablaban por lo bajo.

Nada sintió Carlota.

La puerta de las cortinas se abrió dulcemente; tan dulcemente que ni aun siquiera turbó el tierno enagenamiento de Carlota.

Detrás de las cortinas de seda aparecieron dos cabezas, á saber: el rostro molletudo del procurador Durandin y el semblante displaciente de Duchesnel.

Duchesnel señaló á su muger con un gesto silencioso y como de triunfo.

Durandin colocóse sus lentes delante de los ojos, y la observó en detalle con aire de hombre inteligente.

Luego los dos amigos se miraron, y las cortinas cayeron completamente...

FIN DEL TOMO VI.



resaltaban blancos  
de su vestido.

Detrás de la  
liero ruido. En  
nas voces que

Nada sintió

La puerta  
mente; tan d  
turbó el tierra

Detrás de  
dos cabezas  
procuraba  
cente d

Dur  
silencio

c

l

c